FEDERICO URALES

HONOR, ALMA Y VIDA

DRAMA EN TRES ACTOS



MADRID
IMPRENTA DE ANTONIO MARZO
Apodaca, 18.
1899

DOS PALABRAS

Vine á Madrid con el manuscrito de este drama y con el de otro. Al enterarse algunos amigos, periodistas ellos, me dijeron: «Los dramas de usted podrán ser buenos, no lo dudamos; pero si no cuenta usted con el apoyo de Mazzantini, del padre Sanz (un jesuíta), ó con el de S. M., no verán las tablas.»

Contaba conmigo únicamente, y al poco tiempo, y con tan buena compañía, me presenté á un actor, empresario de cierto teatro de esta corte. Al enterarse aquél del objeto de mi visita, me dijo: «Venga usted dentro de doce ó trece días; ahora estamos ensayando una obra que no me dejará un rato libre hasta últimos de la semana próxima.»

Tenía una promesa, aunque vaga, y ella me hizo creer que mis amigos habían exagerado la nota pesimista.

Los doce ó trece días tardaron en pasar, pero pasaron. Al fin de ellos fuí al teatro,

procuré ver al actor y no pude lograrlo; cuando pude, transcurridos cuatro ó cinco días más, ni se acordaba de mí.

«Venga usted el jueves por la tarde, con el drama, me dijo. Y el jueves por la tarde: «Ahora estamos ensayando; vuelva usted pasado mañana.» Y pasado mañana no pude verle el pelo, á pesar de que lo intenté tarde y noche.

¡Diantre, qué hombre más informal!, pensé yo. Es cuestión de ver otro empresario que aprecie más que éste su palabra.

El nuevo actor recibióme con suma galantería. Sospecho ahora que me tomó por un ricacho capaz de prestar mi bolsa á la empresa. Explicado el objeto de mi visita, no estuvo ya tan atento conmigo.

—¿Conque ha escrito usted un drama? Pásese por aquí á mediados de la próxima semana. En este momento no puedo atenderlo; ensayamos tal obra; después, ensayaremos el segundo acto de tal obra; mañana... en fin, que no puedo disponer de un momento. Lo dicho; déjese usted ver á *últimos* de la semana próxima.

Me fuí sin despedirme apenas, temeroso de que la semana se convirtiera en mes.

Mi fe en la palabra de los actores se había entibiado bastante; pero aún creía, y acudí á la cita con alguna esperanza. Al verme el empresario, exclamó:

—¡Si viera usted el trabajo que tengo acumulado! Mire usted; todo *eso* son dramas que he de leer (y que no leerá, pensé yo, descreído ya). Vuelva usted dentro de quince días, en la seguridad de que, para entonces, habré leído su drama de usted.

Indirectamente se me invitaba á echar mi obra encima de aquel montón de volúmenes que tan olvidados yacían, y en los cuales sus autores fundaron esperanzas sin fin.

Me marché sin dejar el drama y sin usar los cumplimientos que el convencionalismo exige en tales casos.

¿Tenían razon mis amigos periodistas? En parte, la tenían. Yo descubrí otro medio, además de los expuestos por ellos, para hacer escuchar la lectura de un drama á ciertos actores empresarios, y estotro medio consistía en leérselo en Fornos entre plato y plato ó entre botella y botella, después de la función de la noche; pero no lo puse en práctica, porque para hacerlo me sobraba la dignidad y... me faltaban *perras*.

Como verá el que leyera, el principal personaje del drama es una mujer. El autor pensó: Puede que las actrices sean *más tratables* que los actores. Probémoslo.

Escribí á una, no de primera magnitud, pero sí muy notable, y la actriz contestó: «Venga usted á mi casa, con el drama, pasado mañana á las once en punto.»

A las once, sin faltar ni sobrar un minuto, llamaba á la puerta. La actriz estaba en cama aún: la noche pasada había habido estreno... Habla su doncella:

—Dice la señorita que haga usted el favor de dispensarla. Si usted quisiera dejar el manuscrito, la señorita lo leería de once á doce, un acto cada día.

Se trataba de una señorita; el temor de ser descortés pudo más que los desengaños sufridos, y dejé el manuscrito. Bajando las escaleras, pensaba yo: un acto cada día, ha dicho; tiene tres actos, tres días; al cuarto vengo por el drama.

Fuí, y la señorita actriz había salido á oir misa. Al día siguiente recibo una tarjeta y el drama. En aquélla se había escrito:

«Muy señor mío y de mi consideración distinguida:

»He leído su drama de usted con mucho gusto, pero tengo el sentimiento de decirle que no me considero con autoridad necesaria para dar en la escena española una nota artística tan atrevida.

»Soy de usted, etc.»

¡Bien por las actrices!, exclamé después de leer tal misiva. Había leído la obra, daba una satisfacción, y esto lo es ya, y muy grande, para el autor novel.

*
* *

Olvidado en casa estaba el manuscrito, cuando un amigo me preguntó por él.

—Sin novedad, gracias.

--Llévalo á Fulano (aquí el nombre de un célebre actor); es muy formal, te dirá su parecer francamente.

—¿Antes de leer el drama?

—Después de haberlo leído.

—Tú crees...

—Le faltan obras.

A encontrar este actor fuí con la mía.

El que sigue, es su parecer:

—«En España no hay público para su hermoso drama de usted, y como yo del público vivo, no puedo representárselo.»

—¡Tan mal andamos!

—Muy mal. Escarmiente usted en *Realidad*, de Galdós, y en... Si usted escribiera un drama exclusivamente pasional, que conmoviera á las masas...

—No se moleste usted; muchas gracias por sus consejos y por sus observaciones; usted lo pase bien.

¡Cómo he de escribir yo un drama exclusivamente pasional, si creo que la emoción estética ha de arrancarse del cerebro y del corazón, de la idea y del sentimiento!

Ignoro lo que otros autores hubieran hecho en mi lugar. Hay quien tiene el manuscrito años y más años en poder de empresarios y de directores. No me hicieron mis

padres para eso. No tengo carácter para tratar con los actores al uso, ni reuno condiciones para mendigar mercedes. Según de quién, ni la gloria admitiría.

Doy, pues, al público mi drama, interin salga un empresario que reuna estas cualidades: que estime en algo su palabra; que considere que los dramas se escriben uno á uno, y que el primero, aunque ande cojo, va á la cabeza (Echegaray no es una excepción); que el arte es algo más que un comercio, y que los dramas de orden moral tienen, en nuestros días, más valor que los de orden material, porque el hombre civilizado siente más una palabra que un puñetazo, aunque lo contrario crean ciertos actores.

¿Qué puedo esperar sentado?

Me cansaría; esperaré tendido.

El autor.



HONOR, ALMA Y VIDA

DRAMA EN TRES ACTOS

PERSONAJES QUE INTERVIENEN EN LA OBRA

Jaime.—De 47 años; escritor celebrado y sabio racionalista.

Luisa.—De 37 años, esposa del primero; histérica á causa de una vida sedentaria.

Ernesto.—De 28 años, noble aspecto, carácter más bien triste que alegre; viste modestamente. Secretario de D. Jaime.

Palmira.—De 19 años; desenvuelta, pero de una desenvoltura natural é inocente; de inteligencia rápida y resuelta en sus acciones. Hija de los dos primeros.

Pablo.—De 54 años; canónigo, hombre bondadoso y sabio en Teología. Hermano de D. Jaime.

Antonio.—De 62 años; mayordomo de la casa y antiguo guerrillero; hermano del padre de Pablo y del de Jaime.

Gil.—De 53 años; editor.

El autor encarga á los actores que hagan las pausas indicadas en el drama, aunque el público no esté acostumbrado á la realidad del tiempo, tan necesario en las obras dramáticas como la realidad de la frase y la de la acción.

Se autoriza también á los actores para que en las tablas hagan los movimientos que estimen necesarios á la mejor expresión del concepto. Saludos, acciones, movimientos, todas las cualidades intrínsecas de cada actor, quedan en libertad.

ACTO PRIMERO

DECORACIÓN

Cuarto de estudio de un gran escritor. A la izquierda espectador, dos puertas: una en primer término y otra cerca del telón del foro; por ésta se baja al jardín, aquélla conduce á las habitaciones de Palmira. A la derecha otra puerta en primer término, que sirve para internarse á las habitaciones interiores. El telón del foro tendrá una puerta en medio y dos muebles de gran lujo á cada lado. Entre la primera y segunda puerta, izquierda del espectador, habrá una biblioteca, provista de abundantes volúmenes; delante de ella una mesa, á la que, al levantar el telón, estarán sentados don Jaime y don Gil, uno á cada lado. Encima de esta mesa papeles y libros en desorden. Don Jaime en actitud de escribir, don Gil accionando como si hablara. Entre la puerta derecha espectador y el telón del foro, otra mesa. En ella doña Luisa leyendo una novela. Lo demás á gusto del director. Todo con gran lujo, como de un escritor que ha llegado á la celebridad,

que tiene criados, coche y un *chalet* con parque, estanques y museos.

La acción en París y en nuestros días. Las once de la mañana de un día de verano.

ESCENA PRIMERA

Jaime, Gil y Luisa.

GIL

Querido don Jaime, usted, como todos los que han llegado, es demasiado exigente.

JAIME

Ya sabe usted, don Gil, que puedo tratarle de igual á igual. No quiero, sin embargo, cobrarme los débitos que tengo en cartera contra muchos editores que explotaron mi inexperiencia y situación apurada al comienzo de mi carrera. Hoy, como ayer, escribo por amor á la ciencia y para satisfacer una necesidad intelectual mía. Lo que he pedido por la obra no está en relación con la fuerza cerebral que representa.

GIL

Bien sabe Dios, don Jaime, que no puedo ser comprendido entre los editores que tan mal se portaron con usted. Yo fuí de los pocos que le ayudaron á dar los primeros pasos, editándole *Futuras humanidades* cuando aún su firma de usted se cotizaba á muy bajo precio, y yo me sé lo que perdí en tal empresa.

JAIME

(Sonriendo con incredulidad). ¡Bien, bien, don Gil! No hablemos de ello. Tengo para mí que ambos nos incomodaríamos. Usted es como todos. Verdad que editó mis *Futuras humanidades,* pero fué abusando de mi situación y...

GIL

Vamos, que hoy está usted injusto conmigo; pero no por esto reñiremos. *(Ironía).* Sé el respeto que se debe á los sabios, todo abnegación.

JAIME

(Dará muestras de hallarse molestado.)

GIL

(Que no habrá cesado de hablar). Además, yo le admiro y le quiero mucho, y no he de reñir con usted. Olvidemos este pequeño incidente, y vamos á lo que importa, que para mí es

su libro de usted, lo único que me ha traído á esta casa. Por diez mil francos me quedo con la obra.

JAIME

(Escucha con indiferencia, casi con desdén.)

GIL

(*Que no habrá cesado de hablar*). Ya ve usted que no trato de explotarle. Diez mil francos son muchos francos, hoy que escribe todo el mundo y que todo el mundo es celebrado. Además, las tendencias de usted son tenidas por heréticas para la mayor parte del público, y para la restante son cursis y anticuadas. *(Hablará precipitado como si no quisiera dar lugar á que Jaime replicara.)*

LUISA

(*Deja de leer y escucha la conversación sostenida.*)

GIL

(*Que no habrá cesado de hablar*). Expongo, pues, un capital en bien de usted. Ya sé yo que usted tiene dinero para editar esta obra y otras muchas; pero los autores no están enterados de ciertas menudencias que surgen en la imprenta y con los corresponsales. Son

demasiado prosáicas para los que, como usted, todo es espíritu, inteligencia... y que muchas veces causan disgustos á los que no están curtidos en esta clase de negocios.

JAIME

(*Cogerá la pluma y hace como que escribe con marcada impaciencia.*)

GIL

(*Que no habrá cesado de hablar*). Esto es lo que yo quiero evitarle. Hay otro asunto digno de tenerse en cuenta. Usted vive engañado respecto de su personalidad científica y literaria. No es tan celebrada como usted se imagina y...

JAIME

(*Se levanta arrogante y señala la puerta á D. Gil.*)

GIL

(*Que no para de hablar*). Uno se expone á perder un capital.

JAIME

(*Furioso*). Basta, basta; sois... lo que erais. (*Le obliga á levantarse y lo saca casi á la fuerza por la puerta del foro.*)

LUISA

(Se levanta asustada, pero sin moverse del sitio. Cuando Jaime vuelve del foro, y antes de que la vea, se sienta disimuladamente.)

ESCENA II

Jaime y Luisa.

JAIME

(*Con marcada fatiga y violencia volverá á sentarse, mirando antes á Luisa como para comprender si se ha enterado de la escena. Intenta escribir, pero no puede; deja la pluma y exclama después, hablando consigo mismo*). ¡Qué materialistas son estos creyentes! ¡Qué mísera es la humanidad! Todo en ella es terrenal y grosero. Hubiera pasado por lo de los diez mil francos; pero burlarse de mi desinterés, de mi amor á la filosofía, hacer como que dudaba hasta de mi personalidad intelectual, ha sido el colmo de la grosería y de la especulación. Y en resumidas cuentas, ¿qué es el dinero como recompensa de un trabajo de la inteligencia? Si yo lo que deseo es consideración, respeto y...

LUISA

(*Que disimuladamente siempre habrá observado á Jaime*). ¿Te has incomodado, Jaime?

JAIME

(*Al oir la voz de Luisa cesa de hablar, coge la pluma precipitadamente y hace como que escribe*). No. Don Gil, que es un desgraciado y que padece la enfermedad de la grosería, como diría mi congénere Lombroso.

LUISA

(*Sonriendo tristemente al observar la acción de Jaime*). Yo no sé por qué has de tratar con gente tan mal educada. Sabes que ella ha sido la causa de tus mayores disgustos, y continúas tratándola. ¿Quieres seguir publicando tus obras? Pues edítalas tú mismo. Dinero no te falta, admiradores tampoco, y con ellos se logra todo. No es difícil hallar un obrero inteligente, capaz de dirigir la impresión y administración de tus obras. ¿Por qué no te quedaste con el que lo solicitó ayer?

JAIME

(*Sin dejar de escribir*). Le hice varias preguntas sobre sus facultades y antecedentes, y contestó muy torpemente. Me es antipática la gente obtusa; es egoísta.

LUISA.

Pero ¿ha de ser todo el mundo como tú?

JAIME

(*Encogiéndose de hombros, pero sin dejar de escribir*). Pchs...

LUISA

(*Después de un momento de pausa*). Mira, Jaime, te fatigas demasiado. Las letras obtienen de ti muchas atenciones, y, en cambio, las personas no hallan en tu solicitud la que merecen y necesitan.

JAIME

(*Se notará que escucha á la fuerza*)

LUISA

(*Que no habrá cesado de hablar*). Y si no por ellas, hazlo por ti. Puedes contraer una enfermedad de esas que vosotros llamáis modernas, por exceso de trabajo intelectual ó por falta de armonía en el consumo de las energías humanas, como explica el doctor la causa de la que yo padezco. ¿Sabes, Jaime, lo que dijo el médico la última vez que vino á verme?

JAIME

(Sin dejar de escribir). No sé.

LUISA

Pues me dijo... que...

JAIME

(Parando de escribir, pero sin dejar la pluma). Vamos á ver, ¿qué te dijo?

LUISA

(Tímidamente). Que mi naturaleza no estaba en armonía con la tuya, que la mía necesitaba más ejercicio físico, y que...

JAIME

(*Interés*). ¿Y qué?

LUISA

Que á consecuencia de esto había yo contraído una enfermedad nerviosa.

JAIME

(*Dureza*). Es necesario cambiar de doctor. Si realmente padecieras tal enfermedad, don Pascual habría cometido una imprudencia al comunicártelo; y si no la padeces, como es probable, calcula su ineptitud. Lo dicho: hay que cambiar de doctor, por tu bien, y hasta por el mío.

LUISA

Si tú lo quieres...

JAIME

(*Con sequedad y poniéndose á escribir de nuevo*). Es mi deseo.

LUISA

(*Consigo misma*). No puedo lograr que se ocupe más de mí que de las letras, y esto me mata. El bueno del doctor no se cansa de repetirme que necesito una vida mas material, y que mi trato con Jaime ha de ser más continuo, cosa que no he podido lograr... Nada siento de lo que sienten las otras personas y, sin embargo, en mí noto cosas que no veo en las demás. ¡Ay de mí! (*Lee de nuevo.*)

JAIME

(*Consigo mismo*). Lo cierto es que el doctor tiene razón; pero para satisfacer las necesidades de Luisa, he de desatender las mías. ¿No son mis facultades más poderosas las facultades intelectuales? ¿No hallo escribiendo el mejor de los goces? Pues ¿por qué no he de satisfacer esta necesidad de mi ser? (*Pausa.*) La verdad es que si las necesidades de Luisa son contrarias á las mías, el derecho que para satisfacerlas tengo yo ha de tener ella. Pero

¿son tan legítimas? ¿Es tan pura la satisfacción material como la intelectual? Indudablemente que no. Por lo demás, mi Luisa es excesivamente honrada, y si á detenerla no bastara su honradez, bastaría su ignorancia. No todos raciocinan como yo, ni todos pueden. (*Se pone á escribir.*)

ESCENA III

Pablo, Jaime y Luisa.

PABLO

(*Desde la puerta del foro mirará á los dos, meneando la cabeza y sonriendo con amargura.*) Buenos días, queridos hermanos. (*Saludos.*) Parece que hoy se trabaja muy de mañana.

JAIME

El trabajo es la suprema ley.

PABLO

Y uno de los deberes más sagrados que tiene el ser humano, y quizá el más preciado por el Todopoderoso; pero conviene no abusar de él, porque si la holgazanería conduce á la pobreza, un trabajo desmedido produce enfermedades.

LUISA

(*Haciendo señas á Pablo, significándole que continúe en aquel sentido*). He aquí una verdad filosófica que no es respetada por cierto filósofo que yo conozco. ¿Verdad, Jaime?

JAIME

(*Cesando de escribir*). ¿De qué se trata? Me preguntabas algo que no he entendido. Si crees pertinente la pregunta, formúlala de nuevo y te contestaré.

PABLO

¡Ah! Te dignarás contestarnos. Pues decía que así como la holgazanería conduce á la pobreza, trabajar demasiado...

JAIME

Conduce á la ruina corporal, á la muerte, ¿eh? Bien hago yo acatando este precepto. Ya ves, trabajo únicamente cuando la naturaleza me lo demanda.

PABLO

¿Y estás seguro de que es la naturaleza quien te lo demanda?

JAIME

Déjate de tonterías, Pablo, y no sufras por el porvenir de mi alma. ¿Acaso intento yo convertirte á mis herejías? ¿Pues por qué quieres atraerme á tu santidad?

PABLO

Porque es un deber mío, deber que Dios me impuso al permitir vistiera el traje talar. Yo...

JAIME

Pablo, si continúas, me retiro. ¿Te propones discutir conmigo ó convertirme á tu religión?

PABLO

Lo último.

JAIME

Pues yo no quiero convertirme. Estoy concluyendo una obra en donde expongo por milésima vez estas teorías que tanto te asustan. Al publicarlas, combátelas y serás contestado. El tiempo tiene demasiado valor para emplearlo discutiendo privadamente. Y ¿qué ganaría con ello mi ideal? Tú no te dejarías convencer, y yo, por otra parte, no me convencería. Suplícote, pues, hermano mío, que no insistas en tu santa intención de atraerme, porque me obligarás, no contestándote, á ser descortés contigo. (*Se pone á escribir.*)

PABLO

Prosigue, prosigue tu tarea, hombre...

LUISA

¿Qué?

PABLO

No sé. A veces casi me olvido de que es mi hermano y de que es muy bueno.

LUISA

Ya se ve que sí; pero es una bondad que no alcanza á mi persona. Bueno debe serlo mucho, ¡todo el mundo lo dice!

PABLO

(*Sentándose cerca de Luisa*). Por lo demás, tu mal, tu tristeza, sólo hallará consuelo dentro de la religión. Deja que tu esposo y hermano mío se pierda, como indudablemente se perderá, á pesar de mis esfuerzos y de mis oraciones. Haz que no le falte tu cuerpo y dedica tu alma á Dios. Ruega por este infeliz, que se pierde sin quererlo y que es bueno por casualidad; porque no creo que haya en el mundo otro hereje de tan bellas cualidades.

LUISA

La primera observación es innecesaria, hermano mío. Sé el respeto que á mi esposo debo y el que debo á mi persona. En cuanto á la segunda, soy de parecer que hay almas católicas que necesitan más indulgencias que el alma de mi querido Jaime, y como, según yo sé y tú me has dicho algunas veces, todos somos hermanos, orar por orar, vale más hacerlo por aquellas almas que en mayor grado lo necesitan.

PABLO

¡Bueno, bueno! No insistiré sobre el particular, porque lo más esencial es la oración, y, puesto que tú oras, importa poco saber para quién lo haces. Lo que sí te suplico, lo que sí deseo, es que, ya que este mundo no te satisface, ya que en él no hallas la felicidad deseada, dirijas tus pensamientos hacia el otro, y en tus desconsuelos, muchas veces reales y otras imaginarios, acuérdate de que hay un Dios que no nos olvida jamás y que está dispuesto á pagarnos con gloria eterna, allá, (*señalando al cielo*) las penas que aquí pasamos.

LUISA

Me sé de memoria tus consejos, Pablo. Al principio los escuchaba por respeto á tu traje, y más todavía por respeto al hermano de mi esposo. Pero poco á poco, al huir de mí el mundo material, me he acercado al mundo espiritual sin notarlo siquiera. Hoy, en mis amarguras, elevo mi alma á Dios, lo contemplo en mis soledades, me lo imagino en mis sueños de felicidad, y creo que este mundo, á quien tanto había amado cuando mi naturaleza era robusta, hermosa, sana, es un mundo imaginario, ya que, al desearlo, al quererlo palpar y gozar, heme hallado con un cadáver que no respondía ni á mis caricias ni á mis

besos. (*Señalando al corazón y mirando á Jaime con vehemencia.*) ¡Ay! Cuánto amor tenía aquí, aquí, para él, todo para él... Amor y vida, que se han agotado al tenerlos que ahogar en mi propio seno...

PABLO

(*Mirando á Jaime.*) ¡Cálmate, hija mía, cálmate!

LUISA

El mundo es él y él es todo. Ni nos oye ni sabe que aquí están los dos seres á quienes más ama, á quienes más ama, sí, pero no tanto como á sus libros. (*Se deja caer, sollozando, de bruces sobre la mesa.*)

PABLO

(*Consigo mismo*). ¡Pobre Luisa! Aún, aún la llama el mundo, aún encierra deseo ese corazón que un día fué de fuego y que yo creía apagado ya. Es preciso echar más agua, por su bien, por la felicidad de mi hermano, por la tranquilidad mía. ¡Ah! Me horroriza pensar lo que sucedería en esta mansión, hasta hoy tranquila, si á ella se acercara un hombre asaz atrevido, que se propusiera enamorar á esa mujer. (*Pausa.*) Las pasiones son muy poderosas, y hay que estar en guardia contra ellas.

JAIME

(*Levantando la cabeza.*) ¡Aún estáis aquí! Creía habíais ido á pasear. (*Reparando en Luisa y yendo hacia ella.*) ¿Qué tienes, Luisa?

LUISA

(*Que al oir la voz de Jaime habrá procurado serenarse*). Nada.

JAIME

(*A Pablo, en tono algo brusco*). He observado que esto le sucede á menudo, y siempre hablando contigo.

LUISA

(*Serena, como si el temor de un choque entre los dos hermanos influyera en su ánimo*). Pero Jaime, si no tengo nada.

JAIME

Creía...

PABLO

Pues has creído mal, Jaime. No son mis palabras las que han intranquilizado á Luisa; son...

LUISA

Pero si nó estoy intranquila, si estoy bien.

JAIME

Te creo, Luisa, te creo. Tanto es así, que con tu permiso vuelvo á mi interrumpida tarea. (*Sentándose de nuevo.*)

LUISA

Jaime, si tus ocupaciones te lo permiten, desearía que me acompañaras á dar un paseo por el jardín.

JAIME

Ahora me es absolutamente imposible. Esperan la obra, y falta poco para tenerla concluída. Aguarda un momento y estaré contigo.

PABLO

Mientras Jaime concluye su trabajo, ¿quieres que te acompañe yo, Luisa?

LUISA

No te molestes, no hay necesidad; esperaré.

JAIME

Sí, Luisa, ve con mi hermano. Decidme hacia dónde os dirigiréis é iré á encontraros.

LUISA

Si tú lo deseas...

JAIME

Es que á punto fijo no sé lo que tardaré en estar listo.

PABLO

Saldremos en dirección á la fuente Oculta, y si no allí, estaremos en el bosque. ¿Te gusta este paseo, Luisa?

LUISA

Me es igual. (*Pablo se dirige á la puerta del foro y aguarda á Luisa. Jaime se pone á escri-*

bir, y Luisa, que se habrá levantado después de decir lo anterior, compondrá un poco su tocado, diciendo): ¡Ah!, el uno me habla sólo de Dios, el otro únicamente de la humanidad, ¡y lo que yo necesito son besos, abrazos, amor!... (*Por el foro.*)

ESCENA IV

Jaime.

(*Escribe un momento, deja la pluma después, como si no pudiera coordinar sus ideas; apoya tristemente la frente en la palma de la mano, da muestras de suma molestia, como sucede cuando se tiene un pensamiento mortificante*); Sí, comprendo que Luisa sufre á mi lado, pero no puedo, no quiero cambiar mi modo de ser. Mi naturaleza me llama á las letras; las tengo, y soy feliz. Si la de Luisa la llama á otra parte, que vaya allá y será feliz también. Pero que respete mi nombre... ¿Acaso no le soy fiel? ¿Pues qué más quiere? Desde que á ella me uní, sólo con ella he hablado de amor. Es verdad que personas de naturaleza más material que la mía deben amar de otro modo; pero yo amo á Luisa como me es dable, y por lo tanto, tengo derecho á que se me quiera también. (*Pausa.*) La verdad es que no logro

convencerme. (*Pausa.*) ¡Si pudiera lograr la separación sin escándalo!... ¡Ah!, el divorcio. Pero no; el divorcio no sirve para estos casos. El que lo propuso olvidóse de consignar que es más difícil mantener juntos dos caracteres opuestos, pero que se respeten, que dos personas de naturaleza igual, pero que se engañen. (*Pausa.*) Estoy en mi medio. Tengo libros, me veo solicitado por editores; á los pocos días de publicadas se agotan mis obras. Además, lo que más quiero y lo que me importa más, el aprecio de todas las personas que hablan una vez conmigo. (*Pausa.*) ¡El aprecio de todas las personas, Jaime! ¿Estás seguro? ¿Hasta el de Luisa? (*Pausa.*) ¿Por qué no? Cuando todo el mundo está conteste en que soy una persona apreciable bajo todos conceptos, ¿había de ser una excepción Luisa, siendo tan buena? (*Pausa.*) Sin embargo, el mundo no ha de exigir de mí lo que ella ha de exigir, no ha de obtener de mí lo que ella ha de obtener, y si tengo todo lo que el mundo exige para ser querido por él y no tengo lo que Luisa puede exigir para ser por ella amado, es justo que me aprecie el mundo y ella no. (*Pausa.*) ¡Ah!, Este pensamiento me martiriza. No puede ser, no puede ser. Ha de quererme tal como soy, ha de respetarme tal como la naturaleza me hizo. Lo exigen así las conveniencias sociales, mi honor, el respeto del público. (*Levantándose.*) No, no puede

ser. Antes que la vida del mundo entero, está mi dignidad, mi honra. (*Por la puerta derecha espectador.*)

ESCENA V

Palmira.

(*De la primera puerta izquierda.*) Papá, papá; una nueva victoria. (*Lo último en el umbral de la puerta; en la mano un ejemplar de cualquier diario.*) ¡No está! Creía haberle oído. Es preciso enterarle de la nueva victoria obtenida por la ciencia. ¡Qué alegría va á tener! Yo también participo de sus alegrías. ¡Claro! ha hecho lo imposible para educarme á su semejanza. Él ha sido mi único profesor y el jardín mi ocupación favorita; pero también he tenido mis ocupaciones intelectuales, como él las llama. ¡Ya se ve!, mi padre no puede con todo lo que recibe de editores y autores, y me lo hace leer á mí. A veces escucha, otras no, y en este caso quiere que yo me explique, y no siempre salgo airosa de mi cometido; porque ¡á mi edad!, como

dice mamá. Pero ¿dónde estará mi padre? Puede que haya venido algún representante de la casa editorial á buscar las últimas cuartillas de *La filosofía de la vida.* (*Dirigiéndose al escritorio de su padre.*) No, aún veo aquí algunas. ¡Es extraño! Había de quedar concluída hoy, y él nunca falta á lo prometido. Tengo muchos deseos de participarle estas nuevas. En primer lugar, por lo mucho que papá ha de alegrarse, después... no sé. Yo también me alegro y siento algo en mi sér cuando me entero de que el cerebro humano ha dado nuevos frutos. Lo que es éste hará época. (*Lee el diario.*) Esto es, y merced á este invento, podrán apreciarse todos los males que tengamos en el cuerpo y el por qué de muchas dolencias. ¿Que tienes úlceras en el estómago ó lesiones en el pulmón? Pues saber el lugar que ocupan y la importancia que tienen, será cosa facilísima. (*Pausa.*) Diré á papá que compre un aparato de estos y fotografiaré el cuerpo de mamá. Quiero saber por qué está tan triste y por qué llora tanto, y en cuanto sepamos qué le duele y por qué le duele, lo demás es cosa sencilla. Nos sobra... (*Se queda pensativa.*) ¿Y los que carezcan de dinero no podrán utilizar este descubrimiento? Cosa triste es, por cierto, que los pobres no quedan aprovecharse de los descubrimientos pue realizan los sabios. Imposible que Röetgen haya inventado su maravilla para los que

tenemos dinero. Cuando se trabaja con fe, como lo hace papá y sabios que no lo son sólo de nombre, se piensa en los beneficios que de ellos obtendrán sus semejantes en general, no ese ni esotro. Pero ¿qué le habrá sucedido á papá que no viene á concluir su obra? *(Se oyen pisadas y voces.)* ¡Ah!, ahora viene. Pero ¿dónde te has?...

ESCENA VI

Antonio, Ernesto y Palmira.

ANTONIO

(*Apareciendo por el foro.*) ¿Está aquí tu padre, Palmira?

ERNESTO

(*Entra tímidamente y se para sin haber avanzado mucho.*)

PALMIRA

No, señor; por cierto que hace mucho tiempo que le aguardo. Estará quizás en el jardín.

ANTONIO

Voy á verlo. (*A Ernesto*). Aguarde usted un momento. (*Por la puerta derecha espectador.*)

ESCENA VII

Ernesto y Palmira.

ERNESTO

(Consigo mismo, después de mirar atentamente á Palmira). ¿Me querrán aquí? ¡Hace tantó tiempo que no vivo tranquilo! Un amigo me ha dejado este traje para poderme presentar. ¡Si á lo menos me admitieran! ¡Cuánto he sufrido, errante, perseguido y pobre! ¡Elévate sobre el nivel de los demás hombres, dignifícate por el estudio, para después verte perseguido y encarcelado. (*Contempla de nuevo á Palmira.*)

PALMIRA

(*Que ha quedado confusa y cabizbaja á la primera mirada de Ernesto.*) Aunque yo sea mujer, este señor está en casa ajena, y he de ser yo quien hable primero. Además, ¿para

cuándo guardo mis ideas sobre los derechos de la mujer? ¡Bah! (*A Ernesto, y haciéndole señas de que tome asiento.*) ¿Sois extranjero?

ERNESTO

Gracias. (*Violentándose.*) Soy español.

PALMIRA

(*Sin intención ni pretensiones de galantería.*) A pesar de la enemiga que hacia vuestro país sienten algunos escritores franceses, todo lo de España me es simpático.

ERNESTO

Gracias, señorita; pero yo no tengo país.

PALMIRA

¿Cómo es eso? No entiendo á usted.

ERNESTO

No es extraño.

PALMIRA

¿Por qué, caballero?

ERNESTO

Porque es usted una mujer.

PALMIRA

¿Me considera incapaz ó ignorante?

ERNESTO

Señorita, vegetamos.

PALMIRA

Que es como decirme: vegeta usted.

ERNESTO

Mi intención no ha sido ofenderla.

PALMIRA

Comprendo perfectamente. Usted se ha dicho: todas las mujeres son ignorantes; el ignorante vegeta. Ante mí tengo á una mujer, pues ella vegeta también. ¿Verdad? No es que usted haya intentado mortificarme á mí directamente, sino al género en general.

ERNESTO

(*Energía y respeto.*) Acertaría usted si dijera al mundo entero. La humanidad no vivirá mientras haya un ignorante, porque así como un infeliz hace infelices á los que le rodean, así también un ignorante trausmite su ignorancia á los que con él se relacionan. Y mientras haya ignorancia, ¿qué serán los instruídos sino grandes víctimas de la torpeza ajena? Vegeto yo, vegeta usted, vegeta su padre mismo, con todo su saber y su riqueza. Observe usted, recapacite usted si hay en su familia ó en sus relaciones un sér que gima y llore en medio de su riqueza y de sus comodidades.

PALMIRA

(*Hace signos afirmativos.*)

ERNESTO

¿Existe? Pues estas lágrimas, estos suspiros y estas tristezas, son producto de la ignorancia y de la infelicidad de los otros. Interrogue usted sobre sus pesares á la primera persona que á su paso halle, y le contestará, si puede y quiere contestar la verdad: «Un pleito»; «No tengo pan para mis hijos»; «Ha huído con otro mi adorada»; «Mi esposo no me satisface». Y ésta llorará, llorará mucho...

PALMIRA

¿Llorará?

ERNESTO

Sí.

PALMIRA

¿Y estará triste?

ERNESTO

Sí. Y el otro y el de más allá, y todos sufrimos en este mundo infeliz.

PALMIRA

Y.. mi padre.

ESCENA VIII

De la derecha espectador, todos los personajes, menos Gil.

JAIME

(Saludando á Ernesto). Buenos días.

PALMIRA

Muy buenos, papá. Este caballero desea hablar contigo; después te enteraré de un asunto importantísimo.

(*En este momento aparecen Luisa y Pablo. Palmira sale al encuentro de su madre, y ambas sostienen un diálogo mudo. El público ha de comprender que se trata del famoso descubrimiento por el diario que Palmira enseñará á Luisa. El grupo de las dos mujeres, á la izquierda espectador en primer término. Al otro lado, Ernesto y Jaime, en primer término también. En segundo y al centro, Pablo y Antonio.*)

JAIME

Servidor de usted, joven. ¿En qué puedo serle útil?

ERNESTO

(*Humilde*). Enterado del anuncio de *Le Figaro*, he venido á ver si lleno sus deseos de usted.

JAIME

Perfectamente, gracias. Como usted habrá observado, necesito una persona que escriba el francés con propiedad, y, además, que sepa traducirlo correctamente al inglés, al alemán y al español.

ERNESTO

Creo reunir estas circunstancias. ¿Si usted quiere probarlo?

JAIME

En la práctica.

ERNESTO

(*Con ansiedad*). ¿Me admite usted?

JAIME

Por ese lado no hay inconveniente; pero usted comprenderá que antes de dar entrada en casa á una persona es necesario enterarse de su honradez. Sírvase usted dejarme su nombre y las señas de su domicilio, y ya le avisaré.

ERNESTO

(*Contrariado*). Señor... no tengo domicilio; en cuanto á mi nombre, me llamo Ernesto Torres.

(*Precisa que los personajes demuestren interés en la conversación que van á sostener Ernesto y Jaime, pero un interés diferente: los hombres, de desagrado; las mujeres, de simpatía.*)

JAIME

¿Según eso, sois español?

ERNESTO

Español, sí, señor, y ayer llegué á París. Imposible que tenga domicilio siendo extranjero y habitando aquí desde ayer.

PABLO

Yo creo, Jaime, que no has de admitir á quien no conozcas bien. Si no puedes enterar-

te de la honradez y laboriosidad que reune este caballero, discúlpate por las molestias que indirectamente le has causado, y dale las gracias por haber pensado en ti, que otros llenarán tus deseos sin necesidad de recurrir á la comisaría.

ERNESTO

(*Energía, que forma contraste con la humildad hasta ahora usada*). Si el señor quiere enterarse de mis antecedentes, puede lograrlo sin los medios que usted propone. Basta que me interrogue, y será servido mucho mejor que preguntándolo al peor de mis enemigos, si los tengo.

LUISA

(*Al oído de Pablo*). El cariño que nos tienes, Pablo, te hace excesivamente desconfiado.

PALMIRA

(*Al oído de Jaime*). Su rostro, su porte, todo respira honradez.

JAIME

(*Indiferente á todo*). ¿A qué se debe su salida de España?

ERNESTO

A las persecuciones de una policía ignorante. Soy un proscripto, señor.

PABLO

¡Un desgraciado!

ANTONIO

¡Uno de esos que no tienen patria!

PALMIRA

(*A Luisa*). ¡Pobrecito!

LUISA

(*A Palmira y dándole una cartera*). Si tu padre lo rehusa, dale eso.

JAIME

Desearía de ti, hermano, y de usted también, tío, que tuvieran más serenidad. ¿Por ventura no soy yo un antiguo procesado? ¿No me vi perseguido?

LUISA

¡Eso es!

PALMIRA

¡Ya se ve que sí!

JAIME

Lo que importa saber es por qué se le proscribió.

ERNESTO

Se lo diré á usted sin rodeos, para que todo el mundo sepa á qué atenerse. Soy un soña-

dor, un revolucionario. Comprendo que desde este momento no seré aquí admitido, y sé que, de no serlo, me esperan días amargos, sin pan, sin abrigo; pero antes la verdad que la satisfacción de mis necesidades. No les cuento á ustedes mis penas para inspirarles lástima, no, que no la quiero; ni para que se me admita abusando de la generosidad del sentimiento humano; no y mil veces no. Aspiro á una sociedad más justa, y, por consiguiente, á unos hombres más justos también; y por defender mi ideal fuí perseguido. Escribí un libro en el que exponía mis doctrinas, en el que demostraba la injusticia que pesa sobre los pobres y la preocupación que domina á los ricos. A las autoridades españolas, delito les pareció mi labor, y como á delincuente me trataron. Salí de España dispuesto á defender mi ideal, que es para mí *(á Pablo)* lo que para usted la religión; *(á Jaime)* lo que para usted la ciencia; *(á Antonio)* lo que para usted la patria; (*á Luisa*) lo que para usted su hija; (*á Palmira*) lo que para usted algo que duerme en su corazón y que es más hermoso, más bello, más puro que la religión, que la ciencia, que la patria, que todos los cariños reunidos, y no he de abandonar mis propósitos, ni siquiera ocultarlos, por temor de que sean largos, muy largos, grandes, muy grandes mis pesares. Ahora que conocen mis ideas y mis antecedentes, me retiro.

(Se dirige hacia la puerta. Pablo y Antonio, que estarán en medio, se retiran á un lado para dejar el paso expedito. Luisa y Palmira, al contrario, desde el lado izquierdo se precipitarán al centro, como si quisieran impedir la salida de Ernesto. Jaime seguirá á éste hacia la puerta y antes de llegar á ella le coge de la mano, diciendo lo que sigue. Todo ha de ser obra de un momento.)

JAIME

No os vayáis aún, joven; necesito haceros otra pregunta.

ERNESTO

Diga usted.

JAIME

¿Qué papel desempeñará la ciencia en el mundo que usted imagina?

(*Palmira y Luisa escuchan, demostrando alegría infinita y asintiendo á cada conclusión de Ernesto. Pablo y Antonio se horrorizan. Jaime, sin pestañear. Ernesto, con fuego, como un iluminado.*)

ERNESTO

Usted y yo y toda persona tiene sangre, nervios y corazón para sentir, para gozar; tenemos cerebro para pensar. El cuerpo, para las grandes pasiones, para el goce material; el

cerebro, para los grandes proyectos, para el goce intelectual. La ciencia es un resultado de nuestro cerebro; las pasiones son resultado de nuestro cuerpo. ¿Qué es un cuerpo sin cerebro? Un montón de basura. ¿Qué es un cerebro sin cuerpo? Un pedazo de hielo. Y la vida no es basura ni es hielo. Es un conjunto de ideas y de pasiones, de pensamientos y de deseos. La ciencia, como resultado de una de las partes más bellas de la personalidad humana, ha de extirpar lo que el hombre tiene aún de bestia; ha de venir á emancipar nuestro cuerpo de los rudos trabajos musculares; nuestro cerebro de las bárbaras ideas que aún sostiene, y ha de demostrarnos que es mentira un mundo de teorías que hemos considerado verdad. La misión de la ciencia es desterrar errores, simplificar la vida, en una palabra, dignificar al hombre, humanizándolo y perfeccionando sus ideas y explicándole el por qué de los fenómenos todos de la Naturaleza.

JAIME

Don Antonio, haga usted el favor de ordenar se arregle una buena habitación para don Ernesto; se queda en casa.

ERNESTO

(*Extrañeza*). ¡Me quedo!

PALMIRA

(*Gozo*). ¡Qué alegría!

ANTONIO

(*Estupor*). ¡Qué barbaridad!

PABLO

(*Amargura*). ¡Qué desgracia!

LUISA

(*Se queda pensativa.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

DECORACION

La escena se desarrolla en el mismo chalet, en una mañana de primavera, ocho meses después de la anterior. Una sala amueblada algo más modestamente que la otra, y una mesa en vez de dos. Este gabinete es el de Ernesto. A la izquierda espectador, dos puertas. La primera es la alcoba de Ernesto; la segunda conduce al jardín que se ve desde ella. A la derecha otra puerta que comunica con las habitaciones interiores; una puerta en medio del telón del foro; después un corredor, como de cuatro pasos, y al final de él otra puerta. Este corredor estará iluminado, pues lo que en él pasa ha de verse perfectamente desde el público. Un espejo á cada lado del telón del foro, y un retrato de Ernesto al lado de la puerta de la derecha.

Se levanta el telón, y al cabo de algunos segundos aparece Palmira con un ramo de flores y una sombrilla.

ESCENA PRIMERA

Palmira.

(*De la puerta del jardín*). ¡Aquí tampoco! ¿Dónde estará, pues, Ernesto? Todo lo he recorrido sin poder dar con él. (*Sentándose.*) ¡Qué cansada estoy! Le esperaré... ¡Cuánto le amo! ¿Qué dirán mis papás cuando se enteren? De mamá no espero reconvenciones. Ernesto es su médico y, siguiendo sus consejos, se halla mejor. De papá... enamorado de su nombre, no querrá á un desconocido del mundo intelectual. De su mundo intelectual, porque á veces me parece más inteligente Ernesto que papá. ¿Será que todo lo de Ernesto me gusta y embelesa? ¡Con qué arrogancia y valentía expuso los motivos que le indujeron á salir de España el primer día que le vi! Su actitud causóme un no *sé qué* jamás sentido, y noté que ya le amaba... En mis ilusiones de amor habíame forjado un amante fuerte, valiente, atrevido y, sobre todo, noble como él. La voz de Ernesto parecía recordarme notas melodiosas que en sueños había escuchado. Al verle, vi á un ángel que me recorda-

ba otro que vi cuando era pequeñita. Mi corazón estaba bien dispuesto para amar, y vino un amante digno de mi corazón. (*Se levanta, paseándose un momento cabizbaja.*) No sé por qué mi tío ha de mirarle con tan malos ojos. Dice que es un hereje; lo mismo que de papá, y, sin embargo, ha de confesar que es muy bueno.

ESCENA II

Luisa y Palmira.

LUISA

(De la puerta habitación y muy pensativa. Al principio no ve á Palmira; después, fijándose en ella.) ¡Tú aquí, Palmira!

PALMIRA

Sí, mamá. (*La besa.*)

LUISA

¿A qué has venido?

PALMIRA

En busca de Ernesto.

LUISA

¿De parte de tu padre?

PALMIRA

No, mamá.

LUISA

Pues...

PALMIRA

Me gusta su compañía y la busco.

LUISA

(*Sentándose.*) Sin embargo, no es bueno abusar de ciertos gustos.

PALMIRA

¡Abusar! De lo grato no se abusa jamás. Pregunta al pajarito por qué visita tanto á su nido; á la madre, por qué pasa tantas horas al lado de la cuna; al amante, por qué contempla tanto á su adorada. Ni responderán, abusamos, ni nunca habrán pensado tal cosa. Satisfacen un deseo legítimo, santo, que jamás queda del todo satisfecho.

LUISA

(Como distraída y sin dar importancia al diálogo). Sin embargo, en las habitaciones de Ernesto no hay nidos, ni cunas, ni es fácil

que las habiten amantes; más aún, aunque éstos las habitaran, me parece que no se peinarían para Palmira.

PALMIRA

Mamá, mamá, ¡qué empeño! *(Besa á su madre lloriqueando y huye precipitadamente por la puerta de la derecha.)*

ESCENA III

Luisa.

(Que no habrá hecho ninguna demostración y como respondiendo á Palmira). Pero Ernesto ama á Luisa, no á Palmira. *(Pensativa un momento; se levanta, después, dirigiéndose al espejo.)* Aún soy bella; puede ser amor el sentimiento que inspiro á Ernesto. Si no lo fuera, ¿por qué tantos cuidados? ¿Por qué tantos desvelos? ¿Por qué tanto interés por mi salud? «No, el beso no se para en la mejilla; llega á los labios. La amistad no llena el alma, y á ésta le repugna el vacío. Un hombre y una mujer, cuando están en la edad de sentir y pueden sentir, ó se aman ó se son indiferentes.» Ernesto lo ha dicho con aquella elocuencia que le caracteriza y que me fascina. Y así ha de ser para que las personas sean

felices, que sólo lo son amando. *(Se sienta de nuevo y queda un momento pensativa. Después se levanta otra vez, suspirando.)* ¡Ay!... *(Extasis.)* No existe placer más hondo y grande que el placer del amor. ¡Qué de ilusiones, qué de esperanzas, qué de bellezas! Con él se vive, sin él se muere, y yo me moría. La persona amada es para el amador su gloria y su dios... Coronas de laurel, inmortalidad... ¡Vivir juntos! la dicha. ¡Morir abrazados! la gloria. Y antes de esto y después de esto, frío en el corazón y frío en el cerebro. Una humanidad que nace, otra humanidad que muere; sólo quien ama vive, y pocos saben amar. ¿Qué es la dicha de la gloria, los goces de la riqueza, los placeres sociales? Nada ó poco menos. Sólo el amor es grande. El baja al corazón del pobre, sube al corazón del rico; mejor dicho, ni sube ni baja; á todos considera iguales, penetra en todos los pechos y hace más felices á los mejores. El crea esperanzas, él fabrica ilusiones, los vehículos de la vida, las galas de nuestra existencia. El hace héroes, héroes que no matan, héroes que no explotan, héroes que viven por la felicidad ajena; heraldos de la dicha, por donde pasan la siembran. *(Se sienta y queda un momento como aletargada; se levanta después, como si despertara de un sueño placentero. Se dirige á la puerta de las habitaciones; pero antes de salvarla vuelve atrás, se mira al espejo, arréglase un*

poco el tocado y, al dirigirse de nuevo á la puerta dicha, ve colgado el retrato de Ernesto, lo descuelga, lo besa dos ó tres veces, lo coloca en el mismo sitio y desaparece por la puerta derecha espectador.)

ESCENA IV

Ernesto.

(Cuando se levanta Luisa para marcharse, después de haber dicho Do pasan la siembran, *aparece Ernesto en el corredor del foro, á cuya puerta se para observando á Luisa. Cuando ésta desaparece entra y deja unas cuantas cuartillas sobre la mesa.)* ¡Infeliz mujer! Una víctima nuestra. ¡Cuántas como ella habremos hecho! ¡El honor! ¡La honra! ¿Qué es esto ante la salud? Frases cuya significación modifica el tiempo y el lugar; la apreciación de la salud jamás se modifica. A Luisa la sanará el amor que le he inspirado. ¡Es tan hermoso amar y ser amado! Todo lo regenera este sentimiento sublime. Me he propuesto curarla y lo haré despertando en ella antiguas pasiones. Don Jaime es muy bueno, pero está igualmente desequilibrado. El sér que sólo siente sensaciones intelectuales, es medio sér, como el que únicamente goza con las materiales. Luisa, toda

sentimiento, al unirse á un hombre todo idea, sintió sobre sí el peso de sus pasiones. Don Pablo quiso curarla con el misticismo y sólo consiguió agravar su mal. Quieren las enfermedades nerviosas aires puros, trabajos musculares, emociones fuertes; pero emociones materiales. Ha de renacer la vida que Luisa perdiera en largas noches de melancolía. Llorando, gimiendo, desaparecen las ganas de vivir. Don Jaime quiso sujetarla á la monótona vida de la idea sin siquiera sospechar que la personalidad, con sus grandes pasiones, con sus leyes físicas, quedaba olvidada y hasta escarnecida. Y yo, amante de la salud, de una humanidad robusta, no podía consentir que tal sucediera en mi presencia. Yo la curaré, sujetándola á la influencia del amor y de la naturaleza. *(Pensativo, como consigo mismo)*. Sí, sí, es preciso; podría descubrirse y lo perdería todo. He de comunicar mis proyectos á Palmira.

ESCENA V

Palmira y Ernesto.

PALMIRA

(Antes de que Ernesto concluya aparece por

la puerta del foro y entra poquito á poco, para no ser oída. Al llegar detrás de Ernesto le tapa los ojos con las manos.)

ERNESTO

(Queriendo adivinar la persona que tiene detrás). ¿Spencer?... ¿Castelar?... ¿Coppée?...

PALMIRA

(Se separa incomodada.)

ERNESTO

¡Calla! ¿Conque eres tú? Bajo había echado. Juntas la filosofía de Spencer, la oratoria de Castelar y la poesía de Coppée, no valen lo que tú. Pude pensar que se acercara á mí lo mejor de los hombres; de los ángeles, no. ¿Conque eres tú? ¡A saberlo!

PALMIRA

(Con mimo é inocencia). ¿Me hubieras adivinado en seguida?

ERNESTO

(Riendo). ¡Ah! No, eso no. Hubiera tardado una eternidad á fin de tenerte siempre junto á mí, siempre.

PALMIRA

(Acercándose). ¿Me amas?

ERNESTO

(La coge de las manos y se las besa sin responder.)

PALMIRA

¿No respondes?

ERNESTO

Pero ¿qué he de responder? ¿Sí? Eso lo responde cualquiera. Yo quiero cosa más significativa, más sublime, y a falta de ella, busco en el silencio la grandeza que no hallo en la palabra.

PALMIRA

¡Tanto tiempo como hubiéramos podido estar juntos esta mañana! ¿Dónde te has metido?

ERNESTO

(*Mirando á la puerta del foro.*) Don Jaime me ha tenido ocupado.

PALMIRA

¿Qué miras?

ERNESTO

Sospecho que me siguen los pasos.

PALMIRA

¿Quién?

ERNESTO

Tus tíos, y sentiría mucho que nos sorprendieran.

PALMIRA

¿Y qué? Algún día han de saberlo.

ERNESTO

En este momento los ánimos están muy mal dispuestos contra mí, y además, no es hora aún. Antes he de concluir una obra que tengo muy adelantada.

PALMIRA

¿De Sociología?

ERNESTO

No, de Medicina; pero no es cosa de letras.

PALMIRA

(*Mirando al foro*). Mi tío. (*Marchando.*)

ERNESTO

Vuelve; tengo que hablarte.

(*Palmira se va por la puerta habitaciones, y Ernesto se pone á escribir.*)

ESCENA VI

Antonio.

(*Del foro y consigo mismo*). ¡Huye! (*A Ernesto.*) ¿Ha visto usted á Palmira?

ERNESTO

No, señor. ¿Pregunta por mí?

ANTONIO

(*Consigo mismo*). La niega, algo hay. (*A Ernesto*). Es su madre quien pregunta por ella. (*Acercándose hasta tocar la mesa.*) ¿Qué escribe usted con tanto escribir?

ERNESTO

Pongo en limpio cuartillas de don Jaime.

ANTONIO

(*Consigo mismo*). ¡Pocas has puesto, tunante! (*A Ernesto*). ¿Cuándo escribirá usted una obra?

ERNESTO

Algunos meses hace que la escribo; pero ha de ser poco de su agrado.

ANTONIO

Me lo figuro. Si yo supiera escribir, haría un libro destinado á glorificar á los que más hubiesen honrado á su patria y más la hubiesen defendido.

ERNESTO

(*Sin dejar de escribir*). En él ocuparía usted un lugar muy preferente, y yo, en cambio me vería recriminado.

ANTONIO

¿Por qué?

ERNESTO

Porque usted se arruinó en defensa de la suya, y en cambio la mía me repudia.

ANTONIO

No deben ser muy buenos los hijos á quienes las madres aborrecen.

ERNESTO

No puede serlo mucho la madre capaz de aborrecer.

ANTONIO

La patria siempre tiene razón.

ERNESTO

Para los que tienen una razón conforme á su patria; no para los que quieren una patria conforme á su razón.

ANTONIO

Usted tiene mucha gramática, pero nosotros la vamos aprendiendo. ¿Conque no sabe usted por dónde anda Palmira?

ERNESTO

No, señor.

ANTONIO

Hasta otro rato. (*Por el jardín.*)

ERNESTO

Usted lo pase bien.

ESCENA VII

Ernesto.

Un hombre que ha de temer á otro hombre. ¡Ah!, el mundo está perfectamente. Bien hacen en defenderlo sus defensores. (*Pausa.*) Pero aunque malo, precisa admitirlo tal cual es. Ya verás, viejo incapaz para el bien, qué lecciones de bondad voy á darte cuando haya hecho en esta casa lo que me propongo hacer en ella. (*Escribe un momento.*) Esta Luisa me tiene sumamente preocupado. Mentira parece que un mundo tan bello albergue tanta desgracia. Me ama con amor extraordinario. A veces parece loca, y es que no tiene la materia suficientemente sana para sentir un amor equilibrado. Es preciso aproximar lo apartado por grandes tristezas y por una vida sedentaria. Gustosísima cumple mis consejos, y hasta creo que los comprende. Salta, corre y juega tanto ó más que mi adorada Palmira. Le encargué observara á los animales, sus solicitudes, y sus cariños, y sus amores, las grandes y hermosas leyes de la reproducción, al objeto de despertar deseos adormecidos... *Como si lo dijera interiormente*). ¡Luisa!

ESCENA VIII

Luisa y Ernesto.

LUISA

(*Entrará por la puerta del foro. El público ha de verla antes de que racionalmente ésta pueda ver á Ernesto. Cuando aún Ernesto habla, ella aparece triste, porque busca una cosa querida que no halla. Al ver á Ernesto, lo que sucede un paso antes de entrar en escena y antes de que sea vista por aquél, las facciones de Luisa han de cambiar completamente. De una tristeza muy marcada, pasarán á una alegría infinita Su primer impulso, cuando ve á Ernesto, es abrazarle, y con este intento se dirige hacia él con los brazos abiertos; pero antes de llegar se detiene, como si se avergonzase de lo que intentaba hacer. Después se sentará muy cerca de Ernesto, en el momento en que Ernesto exclama:—¡Luisa!—diciendo lo que sigue*): Observo, don Ernesto, que huye usted de mí.

ERNESTO

(*Al oir la voz de Luisa, se levanta; pero como ésta está sentada ya, se sentará de nuevo, diciendo*): Ilusiones de usted, doña Luisa.

LUISA

No son ilusiones, no; son realidades. Hoy mismo, estando sentada frente al lago, le vi á usted por entre el ramaje de las magnolias. Esperaba verle salir en la avenida de la cascada, por el único punto que debía de no volver atras, y no bajó al lago.

ERNESTO

Verdad es que muy de mañana me he paseado por donde usted indica, y hubiera llegado hasta la cascada, de no haber creído que se me llamaba. Por lo demás, créame usted, doña Luisa á saber que usted me aguardaba, hubiera venido á saludarla. Uno de mis mayores placeres consiste en hablar con usted.

LUISA

¿De veras, don Ernesto? ¡Cuánto me alegra usted!

ERNESTO

¡Y cuánto me alegro yo de ver á usted contenta!

LUISA

Quisiera que en lugar de huir de mí, si es que huye, me buscara como yo busco á usted, sin saber por qué y sin poderlo remediar. *(Tímida ternura)*. ¿No es usted mi médico? ¿No

renace en mi alma el amor á la vida observando los mandatos de usted?

ERNESTO

Doña Luisa, hace usted muy bien en amarme, porque yo también amo á usted, porque las personas no pueden vivir sin amar, porque el amor, lo mismo que el pensar, es una ley de la vida; pero si alguien debe de estar aquí agradecido, ése soy yo.

LUISA

(Vehemencia). ¡Ah! No, no. Nosotros no hacemos más que pagarle un trabajo suyo. Mejor recompensa merece usted por sus bondades. Gracias á su persona, empiezo á ser lo que fuí. Jaime halla en usted un fiel intérprete, á veces un buen consejero y siempre un fiel amigo.

ERNESTO

En cuanto á lo último, no todo el mundo es del parecer de usted. Hay quien ve con muy malos ojos mi presencia en esta casa. Por mi parte, tiempo haría que la hubiera abandonado á no habitarla usted. El espionaje de que soy objeto me disgusta.

LUISA

¿Y es por mí por lo que no se separa de nosotros?

ERNESTO

Por usted, sí, por su salud; no quiero verla sumida en la tristeza de antes. Sé que mi presencia le causa placer, que está más alegre; pero que, en medio de esta alegría, nueva para usted, está más contenta aún si habla conmigo; y quiero cooperar al restablecimiento de su salud con mis consejos y mi persona.

LUISA

¡Gracias, don Ernesto, gracias! Es usted un alma noble, digno de que se le ame y de que se le haga feliz. Y aquí, créame usted, se le ama mucho, mucho.

ERNESTO

No tanto como usted supone. Se observan mis menores movimientos.

LUISA

Permítame usted le diga que está en un error.

ERNESTO

Quien lo está es usted, doña Luisa. Aquí soy considerado como un enemigo; hasta se ve muy mal que hable con usted. De seguro que en este momento se me vigila; y si alguna vez evito hallarme con usted, es porque, como es tan franca y me aprecia tanto, temo

que una palabra cariñosa de usted, llegue á oídos de don Jaime, y sea yo causa de serios disgustos.

LUISA

(Molestada por lo que dice Ernesto). ¡Qué! ¿Acaso no puedo ser yo agradecida? ¿Quién podrá impedírmelo, quién? Poco me importa que Jaime sepa que le aprecio á usted. ¿No es verdad, por ventura? Le amo á usted como á un hermano menor. (*Pensativa, y después dice*): No, no es eso. Como ama una madre á su hijo. *(Pensativa también).* Tampoco es eso. Como se ama á... Tampoco, tampoco. ¡Es que tampoco le amo yo así! *(Vehemencia).* Le amo á usted como debe amar quien siente amor de madre, de hermana y de amante. Todo junto; así es como le amo á usted. ¿Le incomoda mi extraño cariño?

ERNESTO

(Con temor). No, señora.

LUISA

(Tono franco, espontáneo). ¿Verdad que no? Ha dicho que no, ¿verdad? ¡Ay, don Ernesto! ¡Cuán triste me sería la vida si después de gozarla de nuevo volviera otra vez á perderla! Porque yo he sufrido mucho. (*Como una niña*). Sufro aún lejos de usted; cerca, renace

mi gozo, como renace la vida al puro soplo de la primavera, como renace...

ERNESTO

(*Poniéndose á escribir*). Señora, don Jaime.

LUISA

(*Al oir* don Jaime *se levanta instintivamente, yéndose á sentar al otro lado de la escena.*)

ESCENA IX

Jaime, Luisa y Ernesto.

JAIME

(*De la puerta de la derecha*). ¿Está don Ernesto?

ERNESTO

Señor... Ayer hizo usted una letra muy endiablada, y he hallado muchas frases incomprensibles. (*Entrega á Jaime algunas cuartillas, y se pone á escribir.*)

JAIME

(*Las lee una por una, mientras Luisa dice lo que sigue:*)

LUISA

(*Consigo misma*). ¿Por qué me he alejado del lado de Ernesto al saber que venía Jaime? ¿Cometía un delito? ¿Acaso amo á Ernesto? Y si así es, ¿por qué no puedo demostrar una pasión mía? Cosas son estas que no comprendo. ¿Me ama Jaime? No; pero una ley social me obliga á amarle. No obstante, yo amo á Ernesto. ¿Qué es lo que lucha en mí? El corazón dice: ¡ama! La cabeza dice: ¡no puedes! Y entretanto, no sé si dar la razón al cerebro ó dársela al corazón.

JAIME

((*Entregando una cuartilla á Ernesto*). Aquí falta incognoscible.

ERNESTO

(*Haciéndose cargo del papel*). La palabra que yo quería poner.

JAIME

¿Falta mucho?

ERNESTO

Tres cuartillas. *(Escribe.)*

LUISA

(*Se levanta, dirigiéndose á la puerta del jardín.*)

JAIME

¿Te vas, Luisa?

LUISA

(*Intención*). Creí que no te habías fijado. Voy á pasear un poco por el jardín. Quiero seguir al pie de la letra los consejos de mi joven médico.

JAIME

¿Quieres que te acompañe, Luisa?

LUISA

¡Cómo! ¿Desocupado hoy?

JAIME

En mi despacho está don Arturo aguardando original; pero si tú quieres, don Ernesto se lo entregará cuando lo tenga copiado.

LUISA

¿Y si no entiende bien alguna palabra tuya? ¿Qué se diría de tí si tu secretario te hiciera decir alguna barbaridad? Tendría gracia que te pusieras en ridículo por complacer á tu esposa. No, Jaime, no. Primero tu seriedad, después las personas que te quieren. De todas maneras, no permito que por mí te violentes. Agradezco la intención. Cumple tus deseos sin preocuparte de mis necesidades.

JAIME

Como quieras.

LUISA

(*Al ir á desaparecer por la puerta del jardín*). ¿Saldrás?

JAIME

Es probable. (*Consigo mismo.*) ¿Qué tiene Luisa hoy?

ESCENA X

Jaime y Ernesto.

ERNESTO

(*Concluye de escribir y entrega las cuartillas á Jaime, diciendo*). Ya está, señor.

JAIME

(*Toma lo que Ernesto le da y lee las cuartillas.*)

ERNESTO

(Entre tanto, arregla su escritorio.)

JAIME

(Devolviéndole una cuartilla). Borre usted inmoralidad y ponga molicie; me gusta más. Repare usted que á ejemplo le faltan dos puntos. (*Intención*). Hoy no estaba para escribir.

(*Ernesto hace lo que Jaime le indica y después le devuelve la cuartilla. Jaime coge un sobre de encima de la mesa y las pone dentro. Después se dirige á la puerta habitaciones; pero antes de salvarla le pregunta Ernesto.*)

ERNESTO

¿Falta algo más?

JAIME

No. ¿Quiere usted salir?

ERNESTO

(*Levantado ya*). Si usted no dispone otra cosa, no, señor. Prefiero el jardín de esta casa á todos los jardines públicos de París. Aquí puedo dedicarme á los trabajos musculares con toda libertad.

JAIME

Usted siempre preocupándose tanto de la salud. Ya sé que prefiere usted un hombre sano, pero ignorante, á otro, instruído, pero enfermizo.

ERNESTO

A usted le han enterado mal, don Jaime. Lo que yo digo es que no se puede pensar bien teniendo el cuerpo enfermo. Malo es que la humanidad sea ignorante, pero no es mejor

que sea enfermiza. El hombre es un sér intelectual y físico.

ESCENA XI

Pablo, Ernesto, Jaime y después Antonio.

PABLO

(*Entrando por el foro*). Y moral.

JAIME

Por supuesto.

PABLO

¿Y qué opina don Ernesto de la moral del hombre?

ERNESTO

Phs... nada.

PABLO

(*Algo airado*). Es usted un infeliz con pretensiones de sabio, y...

ANTONIO

(*Entra haciendo como que busca algo.*)

JAIME

Pero hombre, siempre que hablas con don

Ernesto lo haces de una manera impropia de tu misión y hasta de tu carácter.

PABLO

Tienes razón, hermano mío; pero yo, que debo amar á todo el mundo, no puedo sufrir á ese joven.

ANTONIO

Es que don Ernesto se conduce muy mal con Pablo.

JAIME

¿Por qué?

ANTONIO

Porque no le respeta.

ERNESTO

¿Yo?

JAIME

En mi presencia jamás le ha faltado.

ERNESTO

Ni fuera de ella tampoco.

ANTONIO

¿Conque no es faltar al respeto llevar siempre la contraria á don Pablo?

JAIME

¿Y no es más que eso?

ANTONIO

¡Acaso!...

JAIME

Don Ernesto, á lo dicho.

ERNESTO

(*Comprendiendo la intención.*) Ustedes lo pasen bien. (*Vase por la puerta del jardín.*)

JAIME

Hasta otro rato.

ESCENA XII

Pablo y Antonio.

ANTONIO

Esto no puede continuar, Pablo. Con tus medidas nunca acabaríamos; hay que emplear las mías. Se le entera de todo, y asunto concluído.

PABLO

¿Pero de qué ha de enterarle usted, si de

nada tiene pruebas? Y aunque las tuviera, el asunto es demasiado grave. Jaime moriría de pena. Recursos hay antes del que usted propone.

ANTONIO

(*Registrando los cajones del escritorio*). Si pudiéramos dar con algo que demostrara la infamia de este desvergonzado.

PABLO

Es demasiado listo para cometer la tontería de escribir; además, pudiendo hablar con ellas, ¿qué necesidad tiene de papeles?

ANTONIO

Sin embargo, estamos seguros de haberle sorprendido en actitudes lo suficientemente sospechosas para confundir á este perillán.

PABLO

Pero lo cierto es que don Ernesto se muestra más comedido que Luisa.

ANTONIO

Porque recela.

PABLO

¿Y si lográsemos atemorizar á don Ernesto amenazándole con decírselo todo á Jaime?

ANTONIO

Me sabe á humillación, y yo no paso por ellas.

PABLO

(*Un momento pensativo; después, elevando los brazos al cielo*). Eso, eso. ¡Dios me ha iluminado!

ANTONIO

Pablo, ¡que hago una barbaridad!

PABLO

Escuche usted y no se enfurezca. Jaime, con toda su democracia, jamás consentirá que su hija se una con un desconocido del mundo intelectual.

ANTONIO

También es este mi parecer.

PABLO

Pues bien; cuando sorprendamos solos á Palmira y á Ernesto, avisaremos á Jaime, y así se convencerá, por sus propios ojos, de que Ernesto es un peligro para su honor.

ANTONIO

Aceptado.

PABLO

Pongámonos en campaña. (*Los dos por el jardín.*)

ESCENA XIII

Palmira.

(*Del foro, con precaución y con un ramo de flores en la mano*). Me ha dicho que volviera. (*Mirando por todos lados.*) ¡No está! (*Desde la puerta de la alcoba de Ernesto.*) ¡Ernesto! ¡Ernesto! Quizá se pasea por el jardín. (*Desde la puerta del jardín mira en todas direcciones.*) No se le ve por parte alguna. ¡Qué día tan hermoso! El Abril viene con galas. Cantad, poetas, cantad las bellezas de natura. La transparencia del agua, la suavidad de la brisa, la espesura del ramaje, la vitalidad del sol, el gorjeo de los pájaros, el aroma de las flores, todo lo siento en mí. De mi corazón sale poesía, transparencia, suavidad, gorjeo, aroma, formando un todo sublime que mis labios traducen con la palabra amor. Amor, sentimiento santo, yo te saludo. Te siento con toda tu grandeza y me siento grande al sentirte. (*Un momento de pausa, mirando hacia fuera y en todas direcciones.*) ¡Qué bella es la vida! ¡Es-

cépticos, juzgadla en mí! ¿Por qué renegáis de ella si no amáis? Amad, y las espinas, flores se os tornarán; el carbón, diamante; las penas, alegrías; luz, las negruras; ángeles, los hombres. (*Se pone las manos como para mirar lejos y evitar las molestias del sol.*) ¿Qué están mirando mis tíos? ¡Avanzan con precaución! Se paran. ¿A quién observan? (*Pausa.*) ¡Mi madre que grita! (*Escucha.*) ¡Y llama á Ernesto! (*Mira á lo lejos.*) ¡Ernesto, que huye corriendo! (*Desesperación.*) Pero ¿qué pasa? ¿Qué sucede? *(Ademán de irse.)* Voy allá. ¡Ernesto se acerca! *(Gritando.)* ¡Ernesto! ¡Ernesto! *(Escucha.)* Ya sube...

ESCENA XIV

Ernesto y Palmira.

PALMIRA

¿De dónde vienes, Ernesto mío? ¿Qué te pasa?

ERNESTO

(*Fatigado y algo descompuesto de ropa.*) Nada; vengo del estanque.

PALMIRA

¿A quién has visto?

ERNESTO

Déjame descansar.

PALMIRA

(*Enjugando la frente de Ernesto con un pañuelo*). ¿Estás cansado? ¿Has reñido con mis tíos?

ERNESTO

Al salir he encontrado á tu madre...

PALMIRA

¿Con ella has reñido?

ERNESTO

No.

PALMIRA

¿Le has hablado de nuestro amor?

ERNESTO

Tampoco.

PALMIRA

(*Ansiosa*). ¿Pues qué le has dicho?

ERNESTO

Palmira, mírame de frente, cara á cara.

(*Después de un momento*). Tus tíos han sorprendido á tu madre mientras me dirigía palabras de amor.

PALMIRA

¿Que mi madre te dirigía palabras de amor has dicho? ¿Es eso, Ernesto, lo que has dicho? (*Con desesperación*). Repítelo, que no lo he entendido bien.

ERNESTO

¡Sí, Palmira de mi alma! (*Intenta cogerle la mano, que aquélla retira.*)

PALMIRA

Y ¿cómo puede mi madre cometer semejante locura sin que tú seas un malvado?

ERNESTO

¡Palmira! (*Más sereno*). No doy explicaciones si no moderas tu lenguaje.

PALMIRA

Sobran, como sobra usted en esta casa!

ERNESTO

(*Hace grandes esfuerzos para dominarse*). Nada te dice la actitud que observé el primer día que puse los pies en ella. Recuerda mis actos. ¿Crees que si entonces dije verdad puedo hoy decir mentira?

PALMIRA

(*Le mira con desprecio y ademán de retirarse.*)

ERNESTO

(*Con desesperación*). ¡Palmira! ¡Palmira! Escucha.

PALMIRA

(*Retrocediendo*). Jura decir la verdad.

ERNESTO

(*Un momento pensativo*). Vete, no juro.

PALMIRA

¡Ves, infame!

ERNESTO

(*Entra en su alcoba, desesperado; sale después con una pequeña maleta, y se dirige al foro sin mirar á Palmira.*)

PALMIRA

(*Se habrá dejado caer en un sofá medio desfallecida, y al ver partir á Ernesto, le llamará muy débilmente*). ¡Ernesto! ¡Ernesto!

ERNESTO

(Al oirla se para ya dentro del corredor del foro, pero sin volver la cabeza.)

PALMIRA

Dispensa, Ernesto, habla.

ERNESTO

(Vuelve atrás algunos pasos, duda después, deja la maleta y se dirige con rapidez hacia Palmira, para decirle). Para decir mentira, habría de jurar, no para decir verdad.

PALMIRA

Perdóname, Ernesto. (*Echándose en sus brazos.*)

ERNESTO

(*Después de un momento*). Tu madre me ama; es un amor que yo he provocado con el mismo intento con que el médico provoca calor en el cuerpo del enfermo. Merced al cariño que yo he sabido inspirarle, ejecuta con gusto todas mis indicaciones. Por complacerme, corre y juega como una niña; por tenerme contento, no lee pasajes tristes, ni en su pecho deja entrar la melancolía. Gratitud primero, amor después; amor que yo cultivaba con

cariño, por tratarse de la madre de mi adorada y porque debo sacrificarme en bien del prójimo. La obra de que te hablaba esta mañana, era la salud de doña Luisa. Para enterarte de todo quería hablar contigo hoy. ¿Me crees, sí ó no?

PALMIRA

Sí, amor mío; te creo y me confunde tu grandeza.

ERNESTO

Ahora, otro asunto. Es muy fácil que hoy se me despida de esta casa. Necesito hablar con tu padre, antes de que lo hagan tus tíos. Avísalo.

PALMIRA

Hace un momento hablaba con el jardinero. Voy á ver si lo encuentro. (*Por el jardín.*)

ESCENA XV

Ernesto.

(*Un momento pensativo*). Maldita astucia y malditas preocupaciones. (*Pausa.*) ¡Pobre mu-

jer! (*Sentándose en el escritorio; después, como respondiendo á una pregunta.*) Si nada temo por mí... (*Apoya la cabeza en la palma de la mano, y así se queda un momento.*)

ESCENA XVI

Luisa y Ernesto.

LUISA

(*Primero asoma la cabeza por la puerta del jardín. Al ver á Ernesto, exhalará un suspiro; entra poco á poco, evitando hacer ruido; al estar cerca de Ernesto le coge la mano con rapidez, y antes de que Ernesto pueda retirarla, la besa*). Ernesto, ¿por qué huye de mí? ¿Es que no me ama?

ERNESTO

Retírese usted, doña Luisa; está por venir don Jaime. (*Levantándose.*)

LUISA

¿Es que Jaime puede privarme del consuelo del amor? ¿Es que ha de importarme algo

el que Jaime sepa mis quereres? ¿Es que quien no sabe amar puede impedir que otro ame? ¡Que venga!, no quiero moverme. Diré la verdad, y creo no pondrá obstáculos á mi pasión.

ERNESTO

¿Pero olvida usted, infeliz mujer, que debe fidelidad á don Jaime, y que las leyes sociales condenan el amor que usted siente?

LUISA

(*Con desesperación*). Justo que quien ame exija amor, no el que no sabe amar. ¡Que la ley condena mi cariño! ¿Puede impedir que la sangre circule, que el cerebro piense? Pues ¿cómo podrá lograr que el corazón no ame?

ERNESTO

(*Desesperado*). ¡Tiene usted razón, doña Luisa, tiene usted razón; si yo tengo la culpa de que usted sostenga semejantes teorías! Pero ahora no se halla en el caso de apreciar lo difícil de la situación de usted.

LUISA

¡Que usted tiene la culpa! Deseche estas creencias. Ni jamás lo he leído, ni me lo han dicho jamás. ¡Si lo siento, si me lo dicta mi... qué sé yo quién me lo dicta!

ERNESTO

(*Recorre todas las puertas con desesperación, y después cogiendo la mano de Luisa*). ¿Tiene usted confianza en mí?

LUISA

La tengo.

ERNESTO

Pues le suplico á usted que se retire, por lo que más ame. Dígame usted á dónde irá, y vendré á encontrarla dispuesto á pasar todo el día á su lado.

LUISA

(*Desesperada, presa de exaltación nerviosa, se arrodilla á sus plantas*). No, no; es que no quiero irme; he venido para verle á usted; es más, quiero verle; tengo derecho á ello. Lo quiero, ¿oye?, lo quiero, y si lo quiero, ¿qué puede importarle al mundo mis quereres? ¿Es que no soy dueña de mí?

ERNESTO

(*Hará señas negativas con desesperación é intentará levantarla.*)

LUISA

Pero ¿por qué no soy dueña de mí?

ESCENA XVII

Jaime, Ernesto y Luisa.

JAIME

(Del jardín). Porque yo soy tu dueño.
(*Al oir Luisa la voz de Jaime, se levanta; pero sin precipitación, é importándole poco que la vea arrodillada. Su rostro y ademanes descompuestos se tornarán serenos, como si, siendo loca, hubiese recobrado la razón. Ya incorporada, fija su mirada serena en el rostro de Jaime, dirigiéndose después con paso firme y tranquilo hacia el lado izquierdo de la escena, mientras cae el telón rápidamente. Ernesto teme por la vida de Luisa, y se interpone entre ella y Jaime al oir la voz de éste.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

DECORACION

La escena representa un jardín tan grande como lo permite la capacidad del teatro. Al frente una avenida, que se divide en dos cerca del foro; otra avenida á ambos lados de la escena, donde converjan todas. En diferentes puntos se pondrán flores; las ha de haber naturales. Un banco á la derecha espectador. Al levantar el telón se ve venir á Palmira, que avanza con muchas precauciones. Lleva una cestita en la mano. Al llegar en medio de la escena mira por todos lados, como si buscara á alguien. En este momento sale Ernesto de entre los árboles. Han transcurrido ocho días desde el acto anterior.

ESCENA PRIMERA

Palmira y Ernesto.

PALMIRA

¿Hace mucho tiempo que me esperas?

ERNESTO

Un momento.

PALMIRA

¿Traes la carta?

ERNESTO

La traigo; es el camino mejor. ¿Cómo está?

PALMIRA

Bien, gracias; parece otra. Tan tranquila como si nada le sucediera. Alguna vez me pregunta por ti.

ERNESTO

¿Sabe que nos vemos?

PALMIRA

Se lo dije anteayer.

ERNESTO

¿Y qué contestó?

PALMIRA

Al momento nada; se puso pensativa; después me preguntó si me hablabas de ella.

ERNESTO

Cree que vengo por verla. Es preciso que lo sepa todo cuanto antes.

ESCENA II

Luisa, Ernesto y Palmira.

LUISA

(Aparece en lo más hondo de la escena, andando con muchas precauciones, ocultándose detrás de los árboles y avanzando poco á poco. Esto durará tanto como la conversación que sostienen Ernesto y Palmira.)

PALMIRA

Yo, siguiendo tus indicaciones, hablé de ti, elogiándote con mucho entusiasmo. Primero, porque lo sentía; luego, porque era necesario. Mi madre no perdía palabra. Al concluir me miró atentamente, como si quisiera adivinar mis pensamientos. Luego me hizo acercar y me dió un beso; al dármelo cayó una lágrima en mi rostro. Creo que hemos logrado sospeche, ya que desde entonces me interroga más á menudo. Hoy mismo, al ir á saludarla en sus habitaciones, me ha preguntado si te echaba de menos.

ERNESTO

¿Y tú qué has dicho?

PALMIRA

Que sólo era feliz á su lado y al tuyo. También ha querido saber si hoy te vería.

LUISA

(Desde su escondrijo hará esfuerzos para oir lo que hablan Ernesto y Palmira; adelanta un paso, vuelve atrás, etc., etc.)

ERNESTO

Está bien, Palmira; toma esta carta y escucha: Precisa que tu madre ignore que estás enterada de su amor; es de suma importancia este detalle para los efectos de nuestro plan. Ella, estoy seguro, se sacrificará por ti. A la primera ocasión se lo revelas todo y después le entregas la carta. Ahora me voy; temo al perro que habéis adquirido recientemente.

PALMIRA

Es cosa de mis tíos, pero empieza ya á conocerte; te acompañaré hasta la verja.

(Vanse por la avenida izquierda, asidos del brazo. En este momento y durante toda la escena muda se tocará la séptima sinfonía, tiempo segundo, de Beethoven.)

ESCENA III

Luisa.

(Sale del escondrijo, demostrando haber sostenido una gran lucha consigo misma; permanece un momento mirando hacia el sitio por donde han desaparecido Ernesto y Palmira. Suspira, se pone la mano sobre el corazón; quiere seguirles, quiere quedarse; está indecisa, duda, lucha, pero al fin los sigue.)

ESCENA IV

Luisa y Palmira.

(Por algunos segundos nadie en la escena. Después aparecen Luisa y Palmira, asidas del brazo; aquélla triste, ésta juguetona; Palmira acompaña á Luisa hasta el banco, donde ésta se sienta maquinalmente y queda ensimismada. Palmira, entretanto, va de un lado á otro de la escena cogiendo flores, que coloca dentro de la cestita. La música cesa cuando Palmira, después de haber cogido las flores, se sienta al lado de su madre haciendo, mientras hablan, dos ramos con aquéllas.)

LUISA

¿De dónde venías?

PALMIRA

De acompañar á Ernesto. Y tú ¿á dónde ibas?

LUISA

Os seguía; me gustaba veros juntos.

PALMIRA

Luego, mamá, ya sabías de donde venía.

LUISA

Sí, pero como te ví con la cestita... ¿Qué te decía Ernesto?

PALMIRA

Me explicaba los motivos que mi padre puede haber tenido para despedirle. Ernesto cree que los tíos le han querido mal, y que es fácil hayan dicho á papá que peligraba mi decoro viviendo él con nosotros.

LUISA

¿Acaso te requería de amores?

PALMIRA

(*Enseñándole las flores*). Mamá, mira qué hermosas son estas flores.

LUISA

¿Son para Ernesto?

PALMIRA

La mitad.

LUISA

¿Y la otra?

PALMIRA

¡Para quién han de ser; para tí!

LUISA

(*Como quien nada dice*). Sin embargo, á mí me ha parecido que te besaba.

PALMIRA

¡Ah!, no, mamá; hoy no me ha besado.

LUISA

(*Después de un momento que habrá empleado observando á Palmira*). Es fácil que tus tíos estuvieran en lo cierto; se desconoce la procedencia de Ernesto: no hay que fiarse mucho.

PALMIRA

Es muy bueno, mamá, é incapaz de cometer una villanía.

LUISA

Le amas, ¿verdad?

PALMIRA

Mucho. (*Enseñándole uno de los dos ramos de flores*). Me falta una rosa, voy por ella.

LUISA

(*Pensativa y sin hacer caso de lo que le ha dicho Palmira*). ¡Ah!, es un santo ó es un miserable. No sé si preferirlo indigno de que se le ame, ó digno de que se le venere.

PALMIRA

(*De vuelta.*) Y ¿qué dices tú de nuestro amor?

LUISA

¿De cuál?

PALMIRA

Del que yo siento por Ernesto y él por mí.

LUISA

Dudo del suyo.

PALMIRA

¿Y si no dudaras?

LUISA

Sería indigno de ti.

PALMIRA

¡Cómo!

LUISA

Es un misterio que, por tu bien, no has de aclarar.

PALMIRA

(*Entregándole un ramo de flores*). Toma, mamá; ¿necesitas algo?

LUISA

No, hija mía. (*La besa.*)

PALMIRA

(*Que ya había desaparecido por la avenida izquierda*). Olvidaba entregarte esta carta de Ernesto.

ESCENA V

Luisa.

(*Mirando la carta que habrá arrebatado*). Bajo este sobre está mi desgracia ó mi dicha; la miseria humana ó la grandeza del hombre. Mi vida está dentro, y temo penetrar, temerosa de hallar la muerte. La muerte de mi ilusión, que me arrancó del infierno para elevarme hasta el cielo. ¿Volveráme al polvo, donde yacía? ¡Ay!, que para bajar, mejor hu-

biera sido no subir. ¿Qué me dirá? Humano, que me requiebre; santo, que me diga no era pasión su cariño. Le amo inmensamente, y, sin embargo, quisiera perderlo á fin de que fuera más digno. ¡Que me diga que ama á Palmira, que me lo diga! ¿Qué importa perder la materia, si queda la grandeza del recuerdo? El corazón prefiere palabras de amor, aunque sean de un amor falso; la cabeza reclama una verdad, por amarga que sea. (*Al oir los gritos que dará Palmira, esconde la carta y huye por la izquierda.*)

ESCENA VI

Palmira, Jaime, *y luego* **Pablo** *y* **Antonio,** *seguidos de dos ó tres criados.*

PALMIRA

¡Papá! ¡Papá! *(Desde dentro.)*

JAIME

(*De la derecha, mirando por todos lados y detrás de él Palmira*). ¿Dónde está tu madre?

PALMIRA

No lo sé.

(Aparecen en varios sitios y buscando por todos lados Pablo, Antonio y dos ó tres criados, que desaparecerán después de un momento y aparecerán de nuevo dos ó tres veces más durante el diálogo de Palmira y Jaime.)

JAIME

¿Quién ha estado aquí hace un momento?

PALMIRA

Ernesto.

JAIME

(Ansioso). ¿Cómo lo sabes, dí?

PALMIRA

Porque he hablado con él.

JAIME

¿Con Ernesto?

PALMIRA

Sí, señor.

JAIME

(Enfurecido). ¿Con qué objeto? Pronto, pronto.

PALMIRA

¡Ay, papá, que estás incomodado! *(Le besa.)* ¿Quieres mucho á tu hijita? *(Bajando la vista*

y medio avergonzada). ¿Te enojarás si digo que amo á Ernesto?

JAIME

¡Niña, niña! *(Amenazador, mirando hacia la derecha.)* ¡Ah, miserable, miserable! *(A su hija con amargura).* Quisiera demostrarte la infamia de ese joven; pero es tan malo, que no puedo hacértelo aborrecer tanto como merece. ¡Hija mía, olvídalo!

PALMIRA

Papá, me parece que estás injusto con Ernesto. ¿Cuáles son sus faltas? ¿Requerirme de amores?

JAIME

Su maldad es mayor.

PALMIRA

¡Ves! Dices su maldad es mayor, como si fuera malo por el solo hecho de amarme. ¿Y por eso venías tan desesperado? ¡Qué susto! Creía había ladrones en casa.

JAIME

Tú qué sabes, inocente niña.

PALMIRA

Mira, papá, estas tres flores qué juntas están. (*Señalando unas del jardín.*) ¿Crees que la una tiene secretos para la otra?

JAIME

¿Qué está diciendo esta criatura? (*Pensativo un momento.*) ¡Ah! No, no, no puede ser.

PALMIRA

¿Te has fijado en una cosa, papá?

JAIME

Déjame, hija...

PALMIRA

¿Qué te pasa, padre mío? Quería preguntarte si te habías fijado en que mamá está mejor de salud desde que conocemos á Ernesto. ¿Por qué lo despediste? Y ahora, ¿por qué te niegas á recibir su visita? Yo creo que te convencería de sus bondades. ¿Quieres que le avise? Vive muy cerca.

JAIME

No insistas, Palmira; te he dicho que no mil veces; déjame en paz, te lo suplico.

PALMIRA

(*Temerosa y lloriqueando.*) Condenar á un reo sin escucharle...

JAIME

Pero, hija, si tú no entiendes de estas cosas...

PALMIRA

¡Siempre lo mismo! Pero sé otras que tú no las sabes. *(Esto ha de decirlo precipitadamente, como si cometiera un delito.)* Ernesto me ama á mí, á mí únicamente.

JAIME

(Mirará á su hija de hito en hito, y después, acercándose á ella). ¿Estás segura?

PALMIRA

¡Ya lo creo! Como que no le amaría si no fuera así.

JAIME

¿Y esas son todas las pruebas?

PALMIRA

Yo no necesito otras; ¿las necesitas tú? Cumplidas te las dará Ernesto.

JAIME

¿Cuándo podré hablar con él?

PALMIRA

(Con alegría). Dentro de un momento. *(Con mimo).* Escucha, papá: si te convences de que yo soy el único amor de Ernesto, ¿aprobarás mi casamiento?

JAIME

(Por toda contestación la besa en la frente.)

PALMIRA

(Con alegría infinita). ¡Ah, padre mío, padre mío! ¡Cuán felices seremos aún! Me voy; avisaré cuando venga Ernesto. *(Vase por la derecha espectador.)*

ESCENA VII

Jaime.

(Pensativo un momento.) ¿Pero es posible? ¿Podré evitar aún las murmuraciones de boulevard? Me espanta la idea de ser pasto del público. Para evitarlo no eché á Luisa al arroyo.

ESCENA VIII

Jaime, Pablo, Antonio y los criados.

Estos y Antonio sólo traspasarán la escena de izquierda á derecha.

PABLO

(Desde el foro á los criados). Podéis retiraros. *(Bajando á la concha).* A nadie hemos vis-

to; es el demonio ese joven. Lo extraño es que «Leal» no haya ladrado. Aquí ha de haber algún traidor. Luisa ó Palmira favorecen á ese ser perverso.

JAIME

Palmira.

PABLO

¿Estás seguro?

JAIME

Acaba de decírmelo ella misma.

PABLO

No me sorprende.

JAIME

¿Sabes, Pablo, que dudo de la culpabilidad de Ernesto?

PABLO

¡Te has vuelto loco! Después de lo que viste.

JAIME

Pronto lo sabremos; lo he mandado llamar.

PABLO

Estás perdido si escuchas sus razones.

JAIME

¿Qué harías en mi lugar?

PABLO

No permitiría que Luisa bajara al jardín; despediría toda la servidumbre; Palmira saldría de casa conmigo, ó no saldría, y denunciaría á Ernesto á la autoridad.

JAIME

¿Así me prometes el cielo?

PABLO

Y la tranquilidad en la tierra.

JAIME

Cara me costaría.

PABLO

¿A qué pedir consejos si tampoco has de seguirlos?

JAIME

(Amargamente). ¡No aumentes mis penas!

PABLO

Como sacerdote, he de velar por tu alma; como hermano, por tu cuerpo.

JAIME

Pero ¿por qué has de martirizarme de esta manera?

PABLO

Porque...

JAIME

(Sin dejarle concluir desaparece por la avenida derecha.)

PABLO

Es preciso evitar que Ernesto vuelva á poner los pies en esta casa. *(Verá venir á Luisa, y para no encontrarse con ella desaparecerá precipitadamente por donde lo ha hecho Jaime.)*

ESCENA IX

Luisa.

(De la avenida izquierda espectador, con la carta en la mano, juguetona y alegre). Estoy satisfecha; era digno de mi amor. Mi alma á otra alma grande amaba. ¡Que se casen y que sean felices! Bien puedo ofrecer mi felicidad á cambio de la de los dos seres á quienes más amo. Hablaré con Jaime, si es preciso; suplicaré, si es necesario. Todo por ellos. ¡Qué feliz el alma cuando está satisfecha de sí misma! Amó á un ángel; se sacrificó por una virgen. Querubines de la tierra, hermosos y sublimes como los del cielo. *(En este momento aparece Ernesto. Luisa se fija en él.)* ¡Ernesto, Ernesto!

ESCENA X

Ernesto y Luisa.

ERNESTO

(Al darse cuenta de que había sido visto por Luisa, intentará esconderse. Después, contrariado). ¡Usted por aquí, doña Luisa! ¿Es usted quien ha mandado llamarme?

LUISA

No, señor.

ERNESTO

Pues yo he recibido un aviso diciéndome que inmediatamente compareciera.

LUISA

Será cosa de Palmira.

ERNESTO

No, señora; hemos hablado ya.

LUISA

Caso raro.
(Un momento de silencio embarazoso; mirarán por todos lados, no sabiendo qué decir.)

ERNESTO

¿Me guarda usted rencor?

LUISA

¡Ay! Don Ernesto, usted me ha hecho bien y mucho mal á la vez. Por medio del amor ha curado usted mis tristezas; pero ahora queda el mal del amor.

ERNESTO

(Sonriendo). Estoy satisfecho de mi obra. Antes ni siquiera podía amar; hoy ama y desea. Su sangre es rica en glóbulos, sus músculos son fuertes. Puede de nuevo apreciar las bellezas del mundo material.

LUISA

Pero contraviniendo las preferencias de mi corazón.

ERNESTO

Eso es una metáfora, señora. El corazón toma lo que se le da. Lo esencial es que reuna condiciones para amar. Fuerza para sentir, fuerza para querer; lo demás es cuestión del tiempo.

LUISA

Ni al lado de Jaime hallaré lo que mi corazón desea, ni quiero ni puedo volver á su lado. Don Ernesto, tenga usted compasión de mí. Yo

le prometo ahogar mi pasión; me contentaré con verle. Cásese usted con mi hija adorada y sean tan felices como mi corazón desea; pero haga usted que pueda cuidarlo si está enfermo, que pueda consolarlo si está desconsolado, que...

ERNESTO

Doña Luisa, yo soy de carne y hueso como los demás hombres; no puedo exponerme á ciertos peligros, no puedo tener fe ciega en mi fuerza de voluntad; porque las pasiones son muy poderosas. Además, no soy lo suficiente despreocupado, mejor dicho, no tengo necesidad de ser lo suficiente despreocupado para despreciar las preocupaciones de los demás. Puedo mantenerme en los límites de lo sublime, y en ellos me mantendré hasta que pueda. Recelo de mí, y más que de mí, de usted. El corazón es muy descontentadizo; anhela siempre lo que no tiene, y al tenerlo, anhela otra cosa.

LUISA

Le juro á usted que al concluir de leer su carta era usted ya para mí un hermano menor.

ERNESTO

(Triste). ¡Doña Luisa, Doña Luisa; exponemos mucho capital en esta jugada!

LUISA

Si usted quiere, no.

ERNESTO

Muy poca confianza tiene en usted. *(Luisa se queda pensativa; Ernesto se pasea preocupado.)*

ERNESTO

(Como si hablara consigo mismo). Además, las pretensiones de usted tienen gran inconveniente.

LUISA

¿Por qué?

ERNESTO

Palmira está enterada de todo, y...

LUISA

¿Mi hija sabe...? ¡Ah, qué vergüenza! No, no, no puedo vivir cerca de usted; me moriría. *(Como si quisiera huir).* Quiero marcharme, que no me vea Palmira. ¡Qué martirio! Además, su dicha antes que la mía. Para... ¡Ah! No, no; marcharé lejos, viveré sola. Adiós, Ernesto. *(Le coge las manos.)* Un beso, nada más que un beso, y en la frente.

(Ernesto se la presenta, y Luisa la besa; pero así como antes del beso Luisa asía las manos de Ernesto, después es Ernesto quien coge las

de Luisa. En esta situación están un momento hasta que Ernesto, haciendo un esfuerzo, aproxima sus labios á la frente de Luisa. Después se separan; Luisa queda pensativa, de espaldas; Ernesto la contempla por detrás, enjugándose el rostro con un pañuelo.)

LUISA

¡Me ha besado! ¡Y dice que no me ama! Sus labios queman. *(Se vuelve con rapidez.)* ¡Ernesto...!

ERNESTO

Señora, alguien viene.

ESCENA XI

Palmira, Ernesto, Luisa.

PALMIRA

(Corriendo alegremente). ¡Mamá, Ernesto! Hoy cesan nuestras amarguras. He logrado que papá tenga una entrevista con Ernesto. ¡Madre del alma, tu hija te ama mucho, mucho! *(Se besan y abrazan las dos)* Papá ha prometido no poner dificultades á nuestro casamiento si Ernesto demuestra... *(Besa de nuevo á su madre.)* Claro que lo demostrará. ¡No faltaba más!

ERNESTO

¿Y cuándo?

PALMIRA

Ahora mismo. El caso es que mi tío se opone á la entrevista.

LUISA

Hija mía, la tranquilidad no existe ya para mí en esta casa.

PALMIRA

¡Mamá, no digas eso! Ya lo creo que existe, y para Ernesto también. Ya verás, ya verás cómo todo irá á pedir de boca. Yo tengo mucha confianza en Ernesto y en papá.
(Se oyen grandes voces por el lado derecho.)

LUISA

¿Es Jaime?

ERNESTO

Seguido de don Pablo. Ese buen señor es nuestra pesadilla.

LUISA

Entre tanto, daré una vuelta por el jardín. Nada espero; es más, nada deseo.

PALMIRA

Te acompañaré yo, mamá. *(Vanse por el lado izquierdo.)*

ESCENA XII

Jaime, Pablo y Ernesto.

JAIME

(Aparece por la avenida derecha, y dice antes de entrar en la escena). Es inútil, Pablo, ¡y no me exasperes!

PABLO

¿Quieres pegarme? Esto sólo te faltaba. Has perdido el juicio por completo. Yo creo á ese joven capaz de todo, y tengo el deber de velar por los alucinados. No intervendré en la conversación, pero deseo presenciarla.

JAIME

Si él lo consiente...

PABLO

¡Eso es! Si él lo consiente: Ernesto es aquí el único dueño.

JAIME

(Yendo á su encuentro). ¿Desea usted hablar conmigo?

(Ernesto se habrá paseado hasta ahora por la avenida izquierda, aguardando que Jaime le dirigiera la palabra; Pablo se sentará en el banco.)

ERNESTO

Deseo hablar con usted, sí, señor; pero ya casi desconfiaba de lograrlo, cuando hace un momento se me ha participado que era usted quien tenía que decirme algo.

JAIME

¿Quiere usted decir que yo provoco esta entrevista?

ERNESTO

Pero que yo acepto con gusto.

JAIME

No lo es del mío la interpretación que usted le da. Yo, espontáneamente, sólo podía pedirle á usted explicaciones de su conducta.

ERNESTO

Que no hubiera dado, si se me hubiesen exigido.

JAIME

Para estos casos existe el honor.

ERNESTO

¿Aquel honor que se empaña más fácilmente cuanto mejor se maneja una espada? A fe que no lo tengo. Doy demasiado valor á la razón para entregarla á la fuerza y á la destreza.

JAIME

¿Quiere ó no explicar qué clase de amistades tenía en casa?

ERNESTO

Con mucho gusto.

JAIME

Sólo esto exijo.

ERNESTO

¿Exige?

JAIME

(Dominándose). Deseo.

ERNESTO

Don Pablo puede...

JAIME

Si usted no halla inconveniente...

ERNESTO

¿Yo? No señor.

PABLO

(Se levanta, uniéndose al grupo que formaban Jaime y Ernesto.)
(Durante el siguiente relato Jaime y Pablo demostrarán el efecto que causará en su ánimo; de duda en uno, de satisfacción en otro.)

ERNESTO

(Sonriendo con aire de triunfo.) Toda persona tiene derecho al goce y el deber de proporcionarlo á los demás. En esta casa encontré á una mujer completamente irresponsable. La hipocondría, el histerismo y la neurastenia habían consumido todas sus energías. La causa, usted la conoce Don Jaime; usted también, Don Pablo. Usted *(a Jaime)* no podía curar á doña Luisa porque lo impedía su propia naturaleza, desequilibrada también. Usted, Don Pablo, intentó la curación por medio del misticismo, sin comprender la parte que éste tiene en las enfermedades nerviosas. Yo, por mis ideas, por mi moral, por esta moral que usted me niega, Don Pablo, no podía ver indiferente cómo la enfermedad tomaba proporciones, teniendo á mano el remedio. El sol con su vitalidad, el aire con su oxígeno, los ejercicios corporales con sus virtudes y el amor con sus encantos, habían de realizar el milagro. Necesitaba una persona que, por sus condiciones personales, tuviera influencia sobre la enferma,

y ésta vino conmigo. Se aplicó el remedio, y al poco tiempo la mejora se acentuaba. Al renacer la vida, renacieron también las pasiones. ¿Dónde habían de inclinarse? Del lado que hallaran mejores condiciones. Es ésta una ley natural á todas superior. Pero el médico inspiraba cariño como un recurso terapéutico, y con intención de dar el alta al enfermo cuando reuniera condiciones para amar como aman las personas llenas de vida. Y en verdad, don Jaime, que doña Luisa me ama casi lo suficiente para poder considerarla curada del todo. El doctor notaba, indiferente al goce material, los progresos de la vida y de las pasiones. Jamás mis brazos ciñeron el cuerpo de su señora esposa; jamás su corazón sintió los latidos del mío. Doña Luisa ha sido sagrada para mí. Su honra de usted, Don Jaime, está sin mancha.

PABLO

¡Sublime comedia!

JAIME

Es el bien por el bien mismo.

PABLO

Buenos son estos positivistas para sacrificarse sin beneficios.

ERNESTO

Los que ha obtenido Zola defendiendo á Dreyfus.

PABLO

Vuestra abnegación es...

JAIME

Silencio, hermano mío.

PABLO

¿Serás capaz de creer tal patraña, sin más pruebas que las palabras de una persona como Don Ernesto?

ERNESTO

Por usted, Don Jaime, lo hago. Presentaré pruebas, aunque estoy acostumbrado á ser creído sin ellas. De todo está enterada Palmira. Ya comprenderá usted que no le hubiera dicho la verdad si mis intenciones hubiesen sido otras.

JAIME

(A Pablo). ¿Qué respondes á eso?

PABLO

Que no es posible alma tan grande en un hereje.

ERNESTO

(En un movimiento de enfado, dirigiéndose hacia el telón del foro). ¡Palmira! ¡Palmira!

JAIME

(Mientras vuelven Ernesto y Palmira). Me amas mucho, Pablo; pero llevas sobre ti el peso de cien generaciones mezquinas.

ESCENA XIII

Palmira, Ernesto, Jaime y Pablo.

PALMIRA

(Seguida de Ernesto.) ¿Qué quieres, papá?

JAIME

(Un momento pensativo, como si no supiera cómo interrogarla.) ¿Sabes si Ernesto había dado consejos á tu madre con la intención de hacerle recobrar la salud?

PALMIRA

Y hasta que mamá le estaba muy agradecida.

PABLO

Pero, en fin, ¿qué te dijo Ernesto?

PALMIRA

Que para que mamá recobrara la salud era preciso inspirarle amor.

JAIME

(Yendo hacia el foro). ¡Luisa, Luisa!

PABLO

(Deteniéndole). ¡Qué haces, desdichado! Aunque no hubiese faltado Don Ernesto, quedaría siempre la falta de Luisa.

JAIME

(Desesperado é intentando desprenderse de Pablo). ¿Estoy seguro de haber cumplido siempre con mis obligaciones de esposo?

PABLO

Dios condena el proceder de Luisa. Que se arrepienta de sus culpas y prometa no volver a pecar.

PALMIRA

(Yéndose hacia el foro). ¡Mamá, mamá!

ERNESTO

Señores, doña Luisa se acerca.

ESCENA XIV

Luisa, Palmira, Jaime, Pablo y Ernesto.

PABLO

(A Luisa). Te hemos llamado para que de tus faltas des satisfacciones á Dios y á los hombres.

LUISA

(A Jaime, y sin hacer caso de Pablo). ¿Me ha llamado usted?

JAIME

(Contrariado por el tratamiento). Sí.

LUISA

¿Qué desea?

PABLO

Jaime conoce todo el alcance de tus deslices; confiesa no volver á cometerlos, y te serán perdonados.

LUISA

Las mujeres que, como yo, han olvidado sus deberes, no pueden obtener perdón de nadie. En cambio, los hombres que olvidan los suyos, continúan mereciendo la estima-

ción del mundo. Nosotras no tenemos honor ni honra; en cambio, los hombres pueden faltarnos diariamente: el honor y la honra de éstos es muy sensible según lo pronto que se empaña. (*A Jaime*). Ni quiero ser perdonada ni quiero dar explicaciones. ¿Por qué y á quién? Usted había tenido ya otros amores al casarse conmigo, amores que no habría tolerado en mí por ser yo mujer, y que yo hube de tolerar en usted, por ser usted hombre. Como mujer, he de entregarme virgen al que se digne quererme. Usted, como hombre, ha de casarse cuando ya el vicio...

JAIME

¡Luisa!...

PABLO

¡Gran pecadora!...

LUISA

(Imperiosamente). No he concluído aún, caballeros. Me casé con usted á los diez y seis años, virgen de cuerpo y de alma; al poco tiempo pude notar que no era el matrimonio tal como me lo había imaginado. Mi naturaleza languidecía; gemía yo y suspiraba sin saber por qué á punto fijo. No sé cuántos años he vivido sin un beso, sin una caricia, sin una palabra de amor. ¿Cree usted que se puede vivir sin besos, sin caricias y sin amo-

res? Pues no se puede, y yo no podía. A Ernesto ví un día, ¡bendito sea mil veces! Desde aquel momento renacieron esperanzas, ilusiones, alegrías. No me disculpo ni arrepiento de haberle amado. Y el vulgo, ese vulgo compuesto de hombres que cada día faltan á sus esposas y de mujeres que, para ser honradas, necesitan pasar por cien humillaciones, que me maldiga, que las maldiciones de un vulgo ignorante, en vez de denigrar, dignifican. *(Se arroja sollozando en brazos de Palmira.)*

JAIME

(Desesperación). ¡Pobre Luisa! Está loca.

PABLO

(Amargura). ¡Desgraciada mujer! Está perdida.

ERNESTO

(Alegría). ¡Sublime obra! Está curada.

JAIME

(*Suplicando*). Cálmate, Luisa, aún podemos ser felices.

LUISA

¡Es tarde! Ya no le estorbarán mis suspiros, ni mis tristezas, ni mis solicitudes. Ya podrá ocuparse sólo de las letras, sin que nadie le

reclame un poco de cariño, sin tener necesidad de fingir estimación. ¡Quedarme aquí, jamás!

JAIME

¿Y mi honra?

PABLO

¿Y tu alma?

ERNESTO

¿Y su vida?

LUISA

¡Si supieran cuán feliz me siento en este momento! Ustedes escriban cuartilla tras cuartilla explicando las leyes que rigen al universo. Ustedes (*á Pablo*) demuestren la omnipotencia divina por aquellas mismas leyes, que mientras no digan á los hombres que sólo por el amor podrán redimirse, nada aportarán á su felicidad. (*Abrazando á Palmira y Ernesto.*) ¡Hija! ¡Ernesto! (*A Pablo y á Jaime.*) Quiero ser libre para poder ser mujer. (*Desaparece por la izquierda.*)

JAIME

¡Luisa, espera!

PABLO

(*Sacando un devocionario y arrodillándose*). Oremos por la redención de su alma, ya que su cuerpo está perdido.

PALMIRA

(*Corriendo tras ella*). ¡Mamá, mamá, voy contigo!

ERNESTO

(*A Pablo*). La salud del cuerpo ha redimido el alma de doña Luisa. (*Fijándose en la marcha de Palmira.*) Es el amor quien las une, es el amor quien me llama. (*Vase detrás de Palmira.*)

JAIME

Sospecho que ignoro más que los famosos sabios de Salamanca.

FIN DEL DRAMA


3 0112 098519538